

¿ Q U É E S L A
P E R S O N A L I D A D ?

G O R D O N A L L P O R T

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 200 Copyright ww.el **aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

¿LA PERSONALIDAD ES UN PROBLEMA CIENTIFICO O ARTÍSTICO?

Hay dos enfoques principales desde los cuales se puede abordar el estudio minucioso de la personalidad humana: el de la literatura y el de la psicología.

Ninguno de ellos es "mejor" que el otro; ambos tienen sus méritos propios y sus ardientes defensores, pero con demasiada frecuencia los partidarios de uno lanzan su desprecio sobre el otro. Nos proponemos en estas líneas conciliar ambos métodos, forjando con ello un marco científico humanista para el estudio de la personalidad.

Tres grandes revoluciones se produjeron en el siglo XX en las ideas del hombre sobre la mente humana. La primera, el psicoanálisis freudiano, con su descubrimiento de la profundidad y la emoción de la vida mental; segunda, el conductismo (o behaviorismo), con su descubrimiento de que es posible el estudio objetivo de la mente; tercera, la psicología de la configuración (o de la Gestalt), con su descubrimiento del método fundamental y la autorregulación de la mente. No es difícil que estas nuevas maneras de pensar trastru-

quen nuestras formas de vida durante la presente centuria, como lo hicieron durante el siglo pasado las ciencias naturales y biológicas. Podemos muy bien anticipar que modificarán profundamente las normas éticas, las costumbres y la salud mental de nuestra generación y las generaciones venideras. Ira psicología, suele decirse, está destinada a ser la ciencia por antonomasia del siglo XX.

Uno de los hechos más importantes de la primera parte de este siglo ha sido el descubrimiento -al que contribuyeron las psicologías de Freud, del conductismo y de la Gestalt- de que la personalidad humana es un sujeto accesible para la exploración científica. Creo que este acontecimiento es el que mayores consecuencias podrá tener en la educación, la ética y la salud mental.

Antes de entrar en el problema de la personalidad, quiero referirme brevemente al estado un tanto tempestuoso de la ciencia psicológica actual. Tengo a veces la impresión de que los cuatro vientos del cielo intelectual se toparon en un centro de tormenta, en una competencia de dominio de resultados por el momento indecisos.

Según una división generalmente adoptada, hay cuatro vientos en el cielo intelectual, procedentes de las cuatro divisiones fundamentales del estudio y la investigación: las ciencias naturales, las ciencias biológicas, las ciencias sociales y las humanidades. Obsérvese que esos cuatro vientos intelectuales chocan e inician una carrera tempestuosa en el campo de la psicología, y sólo allí. Pienso que es natural que procedan de ese modo, porque la mente creadora puede ser

convenientemente explorada únicamente con el auxilio de los inventos y los recursos de la mente.

Del campo de las ciencias naturales llegó el enorme impacto de la metodología científica. No creo que en la historia del pensamiento humano exista el caso de alguna otra ciencia que sea tan reñida como lo es la psicología por su hermana mayor, la física. Y creo que ninguna hermana menor debe tener un complejo de inferioridad tan agudo como el que tiene la psicología frente a su atildada y sociable hermana mayor. El deseo de repetir el buen éxito de la física indujo a la psicología a introducir en el tratamiento de la vida mental, en cantidades crecientes, instrumentos de precisión matemática. Pobre del psicólogo actual que no conozca los amplificadores y circuitos eléctricos. Las ciencias físicas dominan a la psicología principalmente en el estudio en toda la estructura de la ciencia psicológica.

Del campo de las ciencias biológicas llegaron tanto los métodos exigentes de investigación de alto nivel como los criterios de la evolución y la organización, sin los cuales la psicología seguiría conservando su carácter escolástico. Pero los vientos refrescantes de la biología no soplaron con amable moderación, sino con la fuerza de un ventarrón que en muchas zonas amenazó desalojar hasta los últimos vestigios de humanismo, dejando en la psicología una plaga de ratas. Es probable que en los laboratorios norteamericanos de psicología se usen ahora como sujetos más ratas que hombres, mujeres y niños juntos. Hay quien cree que lo que hace falta a la psicología es un buen flautista.

La sacudida que produjeron las ciencias naturales y biológicas en la psicología explica el empeño de esta disciplina por alcanzar la cumbre de la respetabilidad científica. Los progresos metodológicos han sido realmente grandes; pero los resultados obtenidos mediante estos dos procedimientos no han resuelto de ningún modo, hasta ahora, el problema de la personalidad humana. Su valor reside principalmente en los adelantos que lograron en la psicología de las sensaciones y los reflejos, o, como dijo alguien con un dejo de burla, la psicología "oftalmootorrino-laringológica".

En estos últimos años el tercer viento comenzó a soplar a su vez con fuerza de ventarrón. La ciencia social se está convirtiendo en huracán. Se niega a alternar amistosamente con las ciencias naturales y biológicas, y reclama poco menos que la exclusividad para el estudio de la zona mental. Los antropólogos y los sociólogos no dan cuartel. La mente, insisten en afirmar, se modela casi completamente por el influjo de las exigencias culturales. El lenguaje es anterior al individuo, lo mismo que la religión, las normas éticas y el régimen económico, dentro de los cuales el individuo nace. La mente no es materia para el estudio instrumental o biológico, sino para el estudio cultural. Numerosos psicólogos adoptaron, al menos parcialmente, este criterio, y recientemente provocaron una rebelión en sus filas, con el resultado de que cuatrocientos de ellos formaron una sociedad para investigar, de la manera más realista que se pueda, el destino de la mente, determinada y restringida por los gigantescos movimientos de la sociedad contemporánea.

El cuarto viento que sopla en nuestro centro tormentoso es más suave y menos voraz. Pero siempre se siente su presencia. Pese a las corrientes contrarias, quizá sea el viento que predomina. Es el viento del humanismo. Dígase lo que se diga, son la filosofía y la literatura, y no las ciencias naturales, biológicas o sociales, las que fomentaron la psicología a través de los siglos. Hace relativamente pocos años que la psicología se desprendió de la filosofía y el arte para transformarse en el centro tormentoso que es ahora.

Llegamos a la personalidad. El descubrimiento de la personalidad es uno de los acontecimientos de la psicología más destacados del siglo actual. La personalidad, dejando de lado todo lo demás que pueda ser, constituye la unidad fundamental y concreta de la vida mental que tiene formas categóricamente singulares e individuales. En el transcurso de los siglos los hombres no dejaron de describir y explorar este fenómeno de la personalidad individual. Fue motivo de interés para los filósofos artistas y los artistas filósofos.

Los psicólogos salieron tarde a la escena. Podría decirse que comenzaron con dos milenios de retraso. La obra de los psicólogos fue hecha por otros, que la hicieron espléndidamente. Con sus antecedentes escasos y recientes, los psicólogos parecen intrusos presuntuosos. Y eso es lo que opinan de ellos muchos eruditos. Stephan Zweig, por ejemplo, hablando de Proust, Amiel, Flaubert y otros grandes maestros de la descripción, dice: "Escritores como éstos son gigantes de la observación y la literatura, mientras que en la psicología el campo de la personalidad está en manos de hombres inferiores, meras moscas, que tienen el ancla segura de un marco

científico para ubicar sus insignificantes trivialidades y sus pequeñas herejías".

Es verdad que junto a los gigantes de la literatura, los psicólogos, que se dedican a presentar y explicar la personalidad, parecen ineficaces y a veces un poco tontos. Sólo un pedante puede preferir la árida colección de hechos que ofrece la psicología acerca de la vida mental del individuo, a los gloriosos e inolvidables retratos de los novelistas, dramaturgos y biógrafos talentosos. El artista de las letras crea sus relatos; el psicólogo no hace más que recopilar los de él. En un caso emerge una unidad, consecuente consigo misma a pesar de sus sutiles variaciones. En el otro caso se va acumulando un pesado conjunto de datos deshilvanados.

Un crítico hizo una observación áspera. Cuando la psicología habla de la personalidad humana, expresó, no dice más que lo que siempre dijo la literatura, sólo que lo hace con menos arte.

Pronto veremos si esa opinión poco halagadora es acertada. Por el momento servirá para llamar la atención sobre el hecho significativo de que en cierto sentido la literatura y la psicología rivalizan; son los dos métodos por excelencia para tratar de la personalidad. Los métodos de la literatura son los del arte; los métodos de la psicología son los de la ciencia. Nuestro planteo es el siguiente: ¿qué procedimiento es el más indicado para el estudio de la personalidad?

La literatura tiene siglos de delantera, y fue manejada por genios de la más alta calidad. La psicología es joven y engendró hasta ahora muy pocos genios en la descripción y

explicación de la personalidad humana. Siendo joven, le convendría a la psicología aprender algunas verdades básicas de la literatura.

Para señalar lo que puede aprender provechosamente, veamos un ejemplo concreto. Lo tomo de la antigüedad para mostrar con claridad la madurez y la sazón de la sabiduría literaria. Hace veintitrés siglos Teofrasto, discípulo y sucesor de Aristóteles en el Liceo de Atenas, escribió una serie de breves caracterizaciones de ciertos atenienses. Treinta de esos bosquejos han sobrevivido.

El que elegí se llama "El cobarde". Nótese su intemporalidad. El cobarde de hoy es esencialmente el mismo tipo de mortal que el cobarde de la antigüedad. Adviértase también la notable prescindencia de subterfugio y la concisión del retrato. No hay palabras innecesarias. Es como un soneto en prosa. No se le podría agregar ni quitar ni una sola frase para mejorarlo.

EL COBARDE

La cobardía es una contracción del alma causada por el miedo. Veamos qué clase de ser es el cobarde. Cuando está en el mar cree que los peñascos son piratas, y en cuanto el mar comienza a lborotarse pregunta ansiosamente si todos los pasajeros están iniciados [en los misterios de Cabiria]; cuando el timonel mira al cielo le pregunta si ya están a mitad de camino y qué le parece el tiempo; le dice al que está a su lado que tuvo un sueño perturbador; se quita la túnica y se la da al esclavo [para poder nadar]; finalmente ruega que lo lleven a la costa. Cuando está en las filas y la infantería se dispone a entrar en acción, llama a su lado a los soldados del cuerpo y les dice que observen con atención, porque no se puede distinguir fácilmente cuál es el enemigo. Luego, cuando se oye el ruido de la batalla y se ve caer a los hombres, les dice a sus compañeros que con la prisa olvidó la espada; corre a su tienda, se libra de su esclavo enviándolo a explorar, esconde la espada bajo la almohada y pierde tiempo fingiendo buscarla. Cuando ve que traen a un amigo que

sangra, corre a su encuentro, lo anima, lo sostiene tomándolo bajo los brazos; luego lo atiende, le restaña la sangre y se queda a su lado para espantarle las moscas; en suma, hace de todo menos combatir. Las trompetas tocan a la carga y él murmura, sentado en la tienda: ¡Malditos sean! ¡No dejan dormir al pobre hombre, con sus eternas trompetas! Cubierto por la sangre del otro, sale al encuentro de los soldados que vuelven y les dice que salvó a un amigo con riesgo de su vida; y lleva a los soldados de su pueblo y tribu a la cabecera de la cama y les explica a cada visitante que con sus propias manos llevó al herido a la tienda.¹

Hay un aspecto en este boceto clásico sobre el cual quiero llamar particularmente la atención. Teofrasto elige dos situaciones para registrar sus observaciones. En una de ellas, el cobarde viaja; en la otra se ve envuelto sin querer en una batalla. En la primera situación pinta siete episodios típicos: la ilusión del cobarde de ver los riscos como piratas, su temor supersticioso de que alguno de los pasajeros traiga la mala suerte por haber descuidado un rito religioso, su deseo de haber hecho por lo menos la mitad de la peligrosa travesía, su consulta al experto sobre el tiempo, su temor a sus sueños perturbadores, sus preparaciones para salvarse a nado y, por último, su derrumbe emocional al pedir que lo lleven a la costa. Más sutiles aún son los siete reveladores episodios de la batalla. En total se describen catorce situaciones; todas ellas son equivalentes para el cobarde: cualesquiera de los estímulos que obran sobre él despiertan la misma tendencia, profunda y dominante. Sus actos son to-

¹ R. Aldington: A book of characters. Londres. Rotledge, sin fecha, pág. 47.

dos distintos, pero todos equivalentes porque cada uno de ellos es una manifestación del mismo ánimo cobarde.

En resumen, Teofrasto empleó hace más de dos mil años un método que sólo ahora vislumbran los psicólogos; el de definir, con la ayuda de estímulos equivalentes y respuestas equivalentes y las principales tendencias de un carácter.

Para expresarlo con mayor amplitud, diremos que casi toda la literatura de caracteres -ya sea por descripciones escritas, como la de Teofrasto, de imaginación, dramáticas o biográficas- se desenvuelve sobre la hipótesis psicológica de que cada personaje posee ciertos rasgos peculiares privativos, que pueden ser definidos mediante el relato de episodios típicos de la vida. En la literatura la personalidad no es, como se considera a veces en la psicología, una serie de acciones específicas inconexas. La personalidad no es como un patín acuático que se lanza de un lado para otro sobre la superficie de un estanque, sin que haya ninguna relación intrínseca entre sus diversas excursiones fugitivas. La buena literatura no comete el error de confundir la personalidad del hombre con la del patín acuático. La psicología a menudo la confunde.

La primera lección que la literatura puede enseñar a la psicología se refiere a la naturaleza de las características fundamentales y a veces permanentes que componen la personalidad. Es el problema de los rasgos, y yo sostengo que en todos sus aspectos ha sido encarado con mejor éxito por las suposiciones de la literatura que por las hipótesis de la psicología. Más concretamente, creo que el concepto de la equivalencia de los estímulos y la equivalencia de las res-

puestas, visto con tanta claridad en los antiguos esquiocios de Teofrasto, puede servir como guía asombrosamente eficaz para el estudio científico de la personalidad, en el que las equivalencias pueden ser determinadas con más exactitud y verificadas mejor que en la literatura. Mediante los recursos del laboratorio y la observación externa controlada, la psicología está en condiciones de establecer, con precisión mucho mayor que la literatura, los límites exactos dentro de los cuales las distintas situaciones de la vida son equivalentes para cada individuo, y las series exactas de respuestas que tienen para él importancia equivalente.

Otra valiosa lección de la literatura es la relativa a la de sus productos. Nadie pidió a los autores de Hamlet, Don Quijote, Ana Karenina, Hedda Gabler o Babbit que probaran la realidad y autenticidad de sus personajes. Las grandes caracterizaciones por virtud de su grandeza se prueban por sí mismas. Son admisibles; son incluso necesarias. Todas las acciones parecen poseer la propiedad sutil de ser el reflejo y el contorno de un personaje preciso y bien armado. La uniformidad de la conducta satisface el requerimiento del test de confrontación: cada una de sus partes respalda a otra, pudiéndose concebir la totalidad como una unidad consecuente, aunque sea intrincada. La confrontación interna es el único método que se aplica para validar la obra de los artistas (salvo, quizá, para la obra de los biógrafos, que deben hacer frente a ciertas exigencias de validación externa). Pero el método de la confrontación interna podría decirse, creo que acertadamente, que apenas si ha comenzado a aplicarse a las producciones de la psicología.

Comentando cierta vez un personaje de Thackeray, observó Gilbert K. Chesterton: "La mujer bebía, pero Thackeray no estaba enterado". La pulla de Chesterton procedía de la exigencia de que todas las buenas descripciones de un personaje sean "sistemáticamente pertinentes" dentro de ellas mismas. A una serie dada de hechos acerca de una personalidad deben seguirla otros hechos pertinentes. Es indudable que antes de poder extraer esas inferencias necesarias es preciso poseer un conocimiento íntimo y profundo del personaje. Deben conocerse en cada caso cuáles son los rasgos causales más recónditos. Wertheimer propuso por este núcleo más central, y por consiguiente más unificador, de cualquier personalidad, el concepto de la radix, la raíz de la que crecen todos los tallos. Ilustra su idea con el caso de la alumna que era muy estudiosa pero al mismo tiempo aficionada a los afeites de tonos vivos. Exteriormente no parece haber aquí pertinencia sistemática. Las dos formas de conducta se estrechan. La aparente contradicción se resuelve explorando debajo de la superficie para descubrir la raíz. En este caso la alumna siente una profunda admiración (los psicoanalistas la llamarían fijación) por una maestra que, además de ser una mujer erudita, tiene un cutis naturalmente rosado. La alumna quiere ser como su maestra. Los mismos hechos en otros casos podrían representar un deseo básico de poder, o simplemente la tentativa con pertrechos reforzados de hacer zozobrar al muchacho estudioso del banco vecino. Cualquiera sea la explicación de este caso, lo importante es que la aprehensión de la raíz permite armonizar la aparente falta de consecuencia de la personalidad.

El problema no siempre es tan sencillo. No todas las personalidades tienen unidad básica. Los conflictos, la mutabilidad, hasta la disociación de la personalidad son cosas comunes. Mucha de la literatura que leemos exagera la consecuencia de la personalidad; lo que sale es más una caricatura que un personaje. En obras de teatro, novelas y biografías se encuentran simplificaciones excesivas. La confrontación parece surgir con demasiada facilidad. Los personajes de Dickens son un ejemplo de simplificación exagerada. No tienen conflictos internos; son siempre lo que son. Suelen encontrar fuerzas hostiles en el ambiente, pero ellos mismos son de una consecuencia perfecta y carecen de problemas íntimos.

La literatura se equivoca a menudo exagerando mediante la selección la consecuencia de la personalidad; la psicología, en cambio, por su falta de interés y la limitación de su técnica, deja generalmente de descubrir o de explorar la consecuencia que existe.

El defecto más grande del psicólogo actual es su incapacidad para probar lo que tiene la certeza de saber. Sabe, no menos que el artista literario, que la personalidad es una estructura mental complicada, bien proporcionada y más o menos consecuente; pero no puede probarlo. No emplea, como el escritor, el método evidente de la confrontación interna de los hechos. En lugar de emular al artista, se refugia en las malezas de la correlación estadística.

Un investigador estudia la virilidad de sus sujetos, para toda la población, relacionando el ancho de las caderas y los hombros con el interés en los deportes; otro busca las bases

de la inteligencia comparando cuidadosamente el cociente intelectual de la niñez con la osificación de los huesos de la muñeca; otro compara la proporción de fósforo con relación al peso del cuerpo con la afabilidad del carácter o la capacidad para dirigir. Esta clase de investigaciones, aunque es la que se acostumbra en los estudios de la personalidad, se desenvuelve en un nivel completamente subpersonal. La devoción al microscopio y a la matemática llevó a los investigadores a rehuir las formas complejas, modeladas, de conducta y pensamiento, aunque sólo en esas formas complejas podría decirse que existe la personalidad. Intimidados por los instrumentos de la física, muchos psicólogos abandonaron el instrumento más delicado que se haya inventado para registrar la relación de los hechos y su apropiada agrupación: la mente.

La psicología necesita técnicas de confrontación interna, técnicas capaces de determinar la unificación de la personalidad. Pocas y elementales tentativas se hicieron para lograrlas.²

En un estudio se emplearon las composiciones de inglés de setenta estudiantes secundarios. Nueve trabajos de cada alumno: tres en octubre, tres en enero y tres en mayo. Los temas fueron indicados, los mismos para todos. Después de pasar a máquina los trabajos y despojarlos de cualquier señal que los pudiera identificar, dos experimentadores trataron de clasificarlos cuidadosamente para reunir, guiándose por el estilo solamente todos los trabajos de cada estudiante. Am-

² El siguiente experimento se describe en mi libro *Personality: a psychological interpretation*, Nueva York, Holt, 1937.

bos experimentadores lograron resultados asombrosamente positivos, mucho más allá de las posibilidades del azar.

Lo que aquí interesa es el método empleado para reunir acertadamente los trabajos. Es posible que de tanto en tanto algún detalle mecánico especial habrá llamado la atención, ayudando a identificar a un autor. La preferencia por el uso del punto y coma, o alguna otra peculiaridad de la puntuación o la ortografía, pudieron haber descubierto a otro estudiante, pero la mayor parte del trabajo de identificación se hizo, no sobre esa base, sino mediante el diagnóstico de los rasgos personales de los autores. "Los investigadores se encontraron analizando la calidad estilística individual". Advirtieron en cada escrito un reflejo de los complejos caracteres del escritor. Estos caracteres eran distintos en cada caso y a los experimentadores les resultó difícil condensarlos en palabras.

A pesar de la dificultad para dar expresión verbal a las hipótesis de la "calidad estilística", lo cierto es que fueron el fundamento general del juicio y que los juicios emitidos fueron acertados en significativa proporción.

Es interesante observar algunas de las bases que sirvieron para hacer la clasificación. Los trabajos de uno de los estudiantes, por ejemplo, parecían reflejar siempre "una sensibilidad por el ambiente; un bien equilibrado sentido del humor; una tolerancia serena, risueña por las relaciones y las situaciones sociales". Otro revelaba en sus escritos "una firme confianza en sí mismo, definida, pero sin prejuicios ni obstinaciones, y sentido del humor". Otro tenía un "tedio permanente; ve la vida como una experiencia monótona en

la que se sigue la línea del menor esfuerzo". Otro mostraba "una actitud simple, optimista hacia la vida y la gente; sus frases son sencillas, directas, afirmativas".

Otra lección importante puede enseñar la literatura a los psicólogos: la forma de conservar un sostenido interés en una persona durante un largo espacio de tiempo. Se dijo de un famoso antropólogo inglés que aunque escribía sobre los salvajes no había visto ninguno. El aludido admitió la imputación y agregó: "Y ojalá no los vea nunca". Hay muchos psicólogos que profesionalmente no han visto nunca un individuo; y no son pocos, lamento decirlo, los que esperan no verlo jamás.

Siguiendo el ejemplo de las ciencias mayores creen que al individuo hay que dejarlo a un lado. La ciencia, afirman, sólo se ocupa de leyes generales. El individuo es un estorbo. Lo que hace falta es la uniformidad. Esta tradición creó en psicología una vasta abstracción indefinida llamada la mente humana adulta generalizada. Y la mente humana no existe de ese modo; sólo existe en forma concreta, intensamente personal. No hay una mente generalizada. La abstracción que cometen los psicólogos al medir y explicar una mente inexistente en general, es una abstracción en la que nunca incurren los escritores. Los escritores saben perfectamente que la mente sólo existe de manera singular y particular.

Ésta es la contrariedad básica que existe entre la ciencia y el arte. La ciencia, se afirma, siempre trata de lo general; el arte, de lo particular. Pero si esta diferencia es exacta, ¿dónde queda la personalidad? La personalidad no es general; es siempre peculiar. ¿Debe ser entregada íntegramente al arte?

¿La psicología no puede hacer nada? Estoy seguro que muy pocos psicólogos aceptarán esta solución. Pero me parece que el dilema es inexorable. Renunciamos al individuo, o aprendemos de la literatura a ocuparnos más de él, modificando, si hace falta, nuestra noción del campo de la ciencia para acomodar al caso singular más hospitalariamente que hasta ahora.

Ustedes se habrán hecho la reflexión de que los psicólogos que conocieron no entendían a la gente mejor que cualquier otra persona; que no eran excepcionalmente perspicaces, ni siempre sabían dar buenos consejos sobre los problemas de la personalidad. Es, si se la hicieron, una observación acertada. Y diré más aún; debido a excesivos hábitos de abstracción y generalización muchos psicólogos son inferiores a otras personas para comprender las vidas aisladas que se les presentan.

Cuando digo que para establecer una ciencia apropiada de la personalidad los psicólogos deben ocuparse más detenidamente en los casos individuales, podría creerse que invadido el dominio de la biografía, cuyo objetivo preciso es el de dedicarse a una sola vida en toda su amplitud.

En Inglaterra la biografía comenzó como hagiografía y como relato de hazañas legendarias. No había interés por la objetividad ni por la veracidad. El término biografía lo empleó por primera vez Dryden, en 1683, definiéndolo como "historia de vidas particulares". La biografía inglesa, que alcanzó un valor elevado con la Vida de Johnson, de Boswell, y luego con la Vida de Scott, de Lockhart, y nuevamente con Padre e hijo, de Edmund Grosse, fue una carrera de ascen-

sos y descensos. Hay biografías que son chatas y sin vigor como panegíricos de sepulcro; otras son sentimentales y falsas.

La biografía se va haciendo rigurosa, objetiva, y hasta despiadada. En esta tendencia influyó mucho la psicología. Los relatos biográficos se parecen cada vez más a una autopsia científica, hecha más para comprender que para servir de inspiración o de aplauso. Hay ahora biografías psicológicas y psicoanalíticas, y hasta biografías médicas y endocrinas.

También se siente la influencia de la ciencia psicológica en las autobiografías. Se han hecho muchos experimentos de auto descripciones y autoexplicaciones objetivas, mejorando las fingidas confesiones de Casanova, Rousseau y Barbellion. Dos ejemplos fascinantes que ilustran la influencia directa de la psicología son el experimento autobiográfico, de H. G. Wells (1935), y el Dios locomotora, de W. E. Leonard (1927). A pesar de su mayor calor e intimidad, los autobiógrafos tienen una desventaja con respecto a los biógrafos. Al autobiógrafo no le gusta escribir su propio vituperio, y al lector no le gusta leer el autoelogio del autor. Quizá con el tiempo los escritores aprendan a controlar sus poderosos impulsos de justificar sus hazañas en el relato, y los lectores, a su vez, a ser menos desconfiados de la virtud que se revela por sí misma.

Dije que los psicólogos debían aprender tres cosas de la literatura para perfeccionar sus actividades. La primera es la noción universal de la literatura sobre la naturaleza del carácter. Los escritores trabajan con la idea de que sus personajes tienen inclinaciones interiores ampliamente

organizadas que pueden ser determinadas y definidas. Es urgente que el método empleado por la literatura para determinar y definir los caracteres -es decir, el estudio de los campos de estímulos equivalentes y los campos de respuestas equivalentes- encuentre la forma de incorporarse al conjunto de métodos de los psicólogos. La segunda se refiere a la prueba de la confrontación interna, que la buena literatura siempre admite y la psicología casi siempre elude. Por descuidar este principio básico de la validación literaria los psicólogos no logran descubrir el estilo y la coherencia de las personalidades que estudian. La tercera reclama un interés más sostenido en los casos individuales, durante lapsos más prolongados. Los psicólogos deben dedicarse a las vidas aisladas más enteramente, aunque con ello sacrifiquen sus impulsos de formular amplias generalizaciones (por lo común prematuras) sobre la mente humana media, abstracta e inexistente.

A1 presentar estas tres ventajas del método literario, no he dicho nada sobre los méritos propios de la psicología. Para terminar tengo que agregar algunas palabras en elogio de mi profesión. De lo contrario podría creerse que estoy dispuesto, y hasta con ganas, a traicionar a la psicología a cambio de un ejemplar de Madame Bovary y un pase para el Ateneo.

La psicología posee una cantidad de ventajas potenciales con respecto a la literatura. Su carácter disciplinario neutraliza el dogmatismo subjetivo propio de la ficción literaria. A veces la literatura aprueba con demasiada facilidad el test de la confrontación interna de los hechos. Por ejemplo, en un

estudio comparativo de diversas biografías de una misma persona se observó que todas las versiones eran admisibles, pero que en cada una de ellas sólo había un pequeño porcentaje de los acontecimientos y las interpretaciones que presentaban las demás. Imposible saber si alguno de esos retratos era auténtico, y cuál de ellos.

No es indispensable que los buenos escritores coincidan en sus observaciones y sus explicaciones tanto como deben coincidir los buenos psicólogos, ni mucho menos. Los biógrafos pueden dar interpretaciones muy distintas de una vida sin desacreditar el método literario; la psicología, en cambio, es ridiculizada cuando sus expertos no concuerdan entre sí.

Los psicólogos se sienten justificadamente molestos por las arbitrarias metáforas de la literatura. Aunque muchas veces implican grotescas falsedades, las metáforas no son nunca recusadas. En literatura, por ejemplo, la docilidad de un personaje puede aparecer explicada con la declaración de que "tiene sangre servil en las venas"; la fogosidad de otro, por el hecho de que "es el temperamento propio de los pelirrojos"; la intelectualidad de otro, por "su alta y sólida frente". El psicólogo que formulara esas fantásticas hipótesis de causa y efecto sería despedazado.

Al artista, además, le permiten que sea entretenido, lo incitan a que sea ameno, que comunique sus imágenes, que exprese sus preferencias. Su buen éxito depende de la conformidad de sus lectores, que a menudo sólo exigen poder identificarse lánguidamente con alguno de los personajes y evadirse de sus preocupaciones inmediatas. Al psicólogo no

le permiten divertir a sus lectores. Su buen éxito depende de un criterio más severo que el del aplauso del lector.

El escritor reúne su material tomándolo de sus observaciones accidentales de la vida; atenúa los datos a su gusto y descarta los hechos molestos. Al psicólogo le imponen la obligación de ser fiel a los hechos, a todos los hechos, y le exigen que los obtenga en fuentes controladas y comprobables. Tiene que probar sus deducciones paso a paso. Emplea una terminología uniforme y le está vedado casi por completo el uso de metáforas atrayentes. Estas restricciones que rodean al psicólogo hacen que su obra sea digna de confianza, que se pueda verificar, que sea menos parcial y que esté relativamente libre de la proyección del autor en los productos de su trabajo.

Convengo en que los psicólogos que estudian la personalidad procuran decir, esencialmente, lo que siempre dijo la literatura, y lo dicen forzosamente con menos elegancia; pero todo lo que alcanzaron -y no ha sido mucho- se empeñan en expresarlo con mayor exactitud y, desde el punto de vista del progreso humano, más provechosamente.

El título de este ensayo, como el de muchos otros, es una frase vana. La personalidad no es un problema de la ciencia y del arte. Las dos formas de encararla tienen sus méritos, pero son necesarias las dos juntas para hacer un estudio siquiera aproximadamente completo de su infinita riqueza.

Si por respeto a la buena pedagogía debo concluir con un pequeño consejo, voy a dar el siguiente: Si ustedes son estudiantes de psicología, lean muchas, muchísimas novelas

G O R D O N A L L P O R T

y comedias de carácter, y lean biografías. Si no son estudiantes de psicología, lean lo mismo, pero lean también psicología.

NATURALEZA PSICOLOGICA DE LA PERSONALIDAD

El análisis psicológico de la personalidad humana debe concertarse no solamente con el arte sino también con la filosofía.

El siguiente ensayo ofrece en forma compendiada una teoría psicológica de la personalidad, pero lo hace con especial referencia a los principios de la llamada filosofía personalista. Escrito en homenaje a la memoria de Edgar Sheffield Brightman (1884-1953), ex profesor Bowne de filosofía de 1a Universidad de Boston, el ensayo apareció en forma abreviada en *The Personalist* (1953).

Si se me preguntara si me considero personalista, probablemente contestaría: "¿A quién le gusta que le pongan una etiqueta a sus pensamientos?" No siéndome permitido eludir la cuestión, diría: "Desde el momento que ubico el centro en la persona soy, desde luego, personalista". Pero, como se explica en este ensayo, existen serios puntos de divergencia.

Los lectores que no tengan mucho interés en los problemas filosóficos no dejarán de encontrar en este capítulo la armazón de una teoría de la personalidad estrictamente psicológica.

El personalismo, dice Brightman, es la teoría de que sólo las personas son reales.³ Definido de este modo, el personalismo es básicamente una doctrina metafísica. Como el psicólogo no tiene competencia profesional para discutir las posiciones ontológicas, no puede, como psicólogo, ser personalista, ni metafísico de ninguna otra variedad.

Hecha esta piadosa renuncia, apresurémonos a admitir que todos los psicólogos, sépanlo o no, tienden hacia las posiciones ontológicas. Se introducen como satélites en las órbitas del positivismo, el naturalismo, el idealismo, el personalismo. Éstas u otras filosofías explícitas atraen sus silenciosas conjeturas, aunque ellos no conozcan la afinidad que existe con aquéllas. Es miopía de los psicólogos negar que su pensamiento sobre la naturaleza humana depende de la rama de la filosofía con la que está más estrechamente relacionado, o no querer articularlo con ella lo mejor que puedan.

Antiguamente todos los grandes filósofos eran también psicólogos. Metafísica y ciencia del pensamiento marchaban unidas. La especialización actual llegó hasta el punto -debido, principalmente, al creciente predominio del método científico en la psicología -de que es muy difícil establecer criterios filosófico-científicos sobre la naturaleza humana completamente armónicos.

³ E. S. Brightman, *An Introduction to philosophy*, ed. rev., Nueva York, Holt, 1951, pág. 334.

Veamos, por ejemplo, la teoría de la persona. En el transcurso del siglo actual los psicólogos reunieron un cúmulo de investigaciones y conocimientos. Pero si no me equivoco los personalistas filosóficos no usaron mucho esos hallazgos para comprobar sus teorías. Y a la inversa, casi todo ese material psicológico fue acumulado sin aprovechar las laboriosas especulaciones de esos filósofos que con igual intensidad pusieron su centro de atención en la persona. Es como si dos disciplinas distintas hubieran trabajado sobre el mismo tema, cada cual con una contribución diferente, pero notando apenas la existencia de la otra. El problema es formular un concepto más coherente de la persona respetando al mismo tiempo el doble enfoque.

William Stern lo vio claramente cuando propuso que el personalismo fuera considerado exclusivamente como doctrina filosófica y que la parte de la psicología o el tipo de psicología concerniente a los problemas del personalismo se llamara personalística.⁴ La distinción es significativa y, hasta cierto punto, útil. Invita al psicólogo que coincide en juzgar que la personalidad es el tema más absorbente e insistente del mundo, a que diga lo que tiene que decir sin peligro de hacer conjeturas desmedidas. Lo invita a colaborar en una investigación de disciplina recíproca sin entrar en proposiciones que excedan su campo de competencia.

Pero la distinción se derrumba, verbalmente al menos cuando se emplea el adjetivo "personalística" o el sustantivo "personalista". El psicólogo interesado en la personalística -

⁴ W. Stern, Studien zur Personwissenschaft. I: Personalistik als Wissenschaft. Leipzig, Barth, 1930.

es decir, en la psicología de la persona- será indudablemente denominado "personalista", y la línea de pensamiento que representa será llamada "personalística". Luego, que le guste o no le guste, lo clasificarán dentro de una escuela filosófica cuyos intereses comparte parcialmente pero cuya posición total quizá vacile en aceptar. Una base típica de la vacilación sería, por ejemplo, el hecho de que el personalismo filosófico respaldó tradicionalmente la "autopsicología" (Brightman, Calkins). Un psicólogo "personalístico" puede concordar con la orientación del personalismo filosófico y rechazar la calificación de "autopsicólogo", porque la autopsicología depende demasiado de la introspección.

Creo que esta confusión es la causante de que a los psicólogos no les guste aceptar la etiqueta personalística, aunque estén orientados hacia la persona. Parece que los compromete con un tipo de psicología que consideran inadecuado, o que los incluye en sus filas. Cada vez es mayor el número de teóricos de la psicología que se van centralizando en la persona, pero hasta ahora son pocos los que admitieron expresamente la etiqueta personalística. Hay una reciente excepción en el libro de texto de Gardner Murphy, quien declara abiertamente que su opinión en psicología general es "personalística". Se advierte, no obstante, que su posición es más metodológica que metafísica: "El concepto es que cada acto psicológico es el acto de una persona total, y que la primera tarea de la psicología es enfocar la naturaleza de la persona".⁵

⁵ G. Murphy, Introduction to psychology. Nueva York, Harper, - 1951, pág. XVI.

Es indudable que la psicología personalística, aun concebida en esa forma limitada, puede ser un aliado valioso del personalismo filosófico. Incluso puede ser considerada como una propedéutica necesaria. Porque si la verdad, como afirma Brightman, tiene coherencia sistemática, todos los descubrimientos válidos de la psicología relativos a la naturaleza de la personalidad pueden caber íntegramente dentro de la filosofía del personalismo. Recíprocamente, los psicólogos personalísticos verán profundizada la importancia de sus investigaciones al entrar en contacto con el mayor contenido del personalismo filosófico. El punto de coincidencia de las dos disciplinas es su convicción de que la persona ocupa el centro del cuadro, ya sea éste explorado desde el nivel psicológico o desde el nivel filosófico.

I

Salvo unos pocos especialistas, los psicólogos actuales se ocupan casi todos en los problemas de la personalidad. Prácticamente todos los libros de texto, aunque sean de orientación nomotética .-aunque estén predispuestos hacia los conceptos universales-, contienen un capítulo final sobre la "personalidad". Pero a menudo el capítulo final es una simple concesión. Su contenido pocas veces engrana con el resto del texto. Pocos psicólogos centralizan su preocupación, como Murphy, en los actos de la persona total, ni creen que la tarea central de la psicología es concentrarse en la naturaleza de la persona.

La mayor parte de los psicólogos que hablan de la personalidad defienden teorías que no tienen ninguna relación con la actitud personalística. Para algunos, la personalidad es un mosaico de elementos sueltos, quizá medidos y proporcionados, pero sin conexión vital. Para otros es una aglomeración de "factores" matemáticamente determinados mediante la correlación de los rasgos mentales de una población numerosa (pero no del individuo). Para otros es un producto pasivo de experiencias anteriores derivadas de una sucesión de impulsos, sin motivo o estímulo contemporáneo.

No es mi propósito pasar revista a toda la psicología para presentar una conveniente descripción de las propiedades de la personalidad. Los lectores saben juzgar la insulsez y la trivialidad de muchos de los predominantes conceptos psicológicos de la personalidad. El problema al que quiero referirme es éste: ¿Qué atributos debe tener una teoría de la personalidad para que pueda considerarse adecuada a los hechos empíricos que observamos? La respuesta satisfactoria a esta pregunta nos dará el tipo de teoría a la que debe acomodarse, para que haya coherencia sistemática, la filosofía personalística.

Tal como yo lo veo, hay por lo menos cinco características fundamentales que debe poseer una adecuada teoría de la personalidad. Debe poseerlas todas, no solamente para acomodar los hechos empíricos tal como se conocen, sino también para evitar la contradicción. Voy a aclarar. Estoy hablando de los criterios de la personalidad que parecen ser obligatorios para los psicólogos centralizados en la persona.

Creo que también los personalistas filosóficos deben aceptarlos, en una forma u otra. No me opongo a que, si quieren, rehagan mis proposiciones en términos más gratos, siempre que en la redacción final quede la sustancia de los criterios a disposición de los psicólogos para sus continuas investigaciones.

Una adecuada teoría de la personalidad debe: 1 °, considerar que la personalidad humana se halla "integumentada", es decir, centralizada en el organismo; 2 °, considerar que el organismo está lleno, no vacío; 3 °, considerar que el motivo normalmente es un hecho de estructura y función actuales, no simplemente una consecuencia de fuerzas anteriores; 4 °, emplear unidades de análisis capaces de hacer síntesis vivas; y 5 °, admitir convenientemente el fenómeno de la autoconciencia, pero no confiar exclusivamente en él.

II

La personalidad humana tiene su sede, que está dentro de la piel. Su imaginación y su memoria son, sin duda, de largo alcance; pero estos actos se hallan bien afianzados en cierta clase de matriz psicofísica. En otro plano de existencia la personalidad podrá quizá librarse de su esclavitud temporoespacial; pero en el plano en el que reside el psicólogo debe ser considerada como una unidad orgánica que puede ser estudiada a través de sus actos, su información verbal y hasta de su funcionamiento reflejo y fisiológico. Creo que más de una de las soluciones de cuerpo y mente que tienen a

su disposición los personalistas podrá satisfacer suficientemente esta necesidad. No trataré de elegir alguna de ellas.

Insisto en el criterio de la "integumentación" porque los personalistas, tanto los psicológicos como los filosóficos, necesitan rescatar la personalidad humana de las garras de los que la confunden con la impresión que produce en la gente la reputación, el "valor como estímulo social", de una persona. En otra parte discutí extensamente esta posición, "biofísica", opuesta al concepto que he llamado "biosocial".⁶ (Creo que ninguno de los dos términos ha sido bien elegido, pero su sentido es claro.) Según el criterio "biosocial", mi personalidad no es lo que yo pienso de mí y hago conmigo, sino lo que otros piensan de mí y hacen conmigo. El rechazo de este concepto no equivale a negar que nuestra reputación, verdadera o errónea, pueda causar una fuerte impresión en los demás y en nosotros mismos. Pero si nos desprendemos de todas las definiciones que ponen nuestra personalidad en la mente de los demás, no podremos establecer un lugar suficientemente seguro para una teoría de la personalidad como sistema. El criterio biofísico, a diferencia del biosocial, sostiene que Robinson Crusoe tiene en la soledad "tanta" personalidad antes como después de la llegada de su criado Viernes.

Además de esta tosca confusión entre persona y reputación hay muchos otros conceptos parcialmente biosociales casi igualmente inaceptables. Constituyen en su mayoría un honesto esfuerzo por reconocer el hecho indiscutido de que

⁶ G. W. Allport, *Personality: a psychological interpretation*. Nueva York. Holt, 1937; especialmente el cap. II.

el individuo se encuentra confinado dentro de un contenido social. Aunque estas tentativas conceptuales inspiran una profunda simpatía, muchas de ellas son destructoras de la persona. Socavan y desmenuzan la naturaleza biofísica de la personalidad haciéndole perder sus características esenciales de ubicación, singularidad y coherencia interna.

La mayoría de las teorías corrientes de esta clase se relacionan con el reciente tema popular de investigación y enseñanza que se clasifica con el rótulo "Personalidad y cultura". Hace dos decenios el Consejo de Estudios Sociales, empeñado en promover la investigación intercientífica, promulgó este concepto de doble efecto, recibido con beneplácito por una multitud de psicólogos, sociólogos y antropólogos. La fertilización recíproca del pensamiento resultó notablemente productiva, no solamente por el fomento de la investigación sino también por la superación de las fronteras científicas dentro de las universidades y los colegios. La agitación y la reorganización consiguientes, aunque saludables, dieron origen a una serie de teorías apresuradas y deformadas.

Una de las hipótesis apresuradas reducía la personalidad a un reflejo de la cultura: "La personalidad es el lado subjetivo de la cultura" se transformó en una afirmación popular. Es difícil imaginar una inversión más completa del énfasis que ponía la psicología personalística en las propiedades intencionales y de conservación de la coherencia interna del individuo. Algunos autores llegaron al extremo de afirmar que existe la integración dentro de la personalidad; la única armonía que se advierte en las personas es el reflejo del ambiente ordenado y preciso que las rodea.

Este concepto tiene una variante en la popular teoría del "rol". A los partidarios de esta noción no los impresiona el carácter singular e integral de la organización de la personalidad, sino las normas impuestas al sistema por las exigencias sociales. Se conoce al hombre no por lo que es, sino por el rol que desempeña; se conoce al padre, al médico, al sacerdote, al consumidor. El hombre es un manojito de roles. Es indudable que la gente se conduce de distinto modo en ambientes diversos y de acuerdo con lo que corresponde a las circunstancias. El peligro que encierra este concepto del rol es que puede pasarse por alto el nexos personal que contiene los hábitos de los roles, y por consiguiente exagerarse la importancia de la orientación de la persona hacia los ambientes separados. Nos hace recordar la exuberancia de William James, quien declara (aunque sin duda no lo dice en serio) que "el hombre tiene una cantidad de "yo" sociales diferentes igual al número de grupos de personas cuya opinión le interesa".⁷ La personalidad podrá ser versátil y variable, pero no puede diluirse en un número n de roles o de "yo" sociales. Tampoco es un mero "equilibrio de roles". Hay demasiadas pruebas de que la personalidad es muy consecuente consigo misma en todas las situaciones por las que pasa para permitir ese tipo de reducción.⁸

⁷ W. James, *Principles of psychology*, Nueva York, Holt, 1890, I, 294.

⁸ Convendría que dijera cuáles son algunas de las clases de pruebas empíricas en las que pienso. Casi todos los tests de personalidad investigan cómo es la conducta en muchas situaciones. La "seriedad interna" satisfactoria de esos tests constituye ipso facto una prueba de que la personalidad conserva sus características de situación en situación. El estudio intensivo de refugiados que vieron derrumbarse la civilización de su patria revela que sos refugiados, al establecerse en países nuevos no lo hicieron con sus características, valores y formas de adaptación anteriores (G. W. Allport, J. S. Bruner, E. M. Jandorf. "Personality

Otra tendencia dudosa se ve en el concepto que está ahora de moda de la personalidad básica o modal. Sostiene que cada civilización tiende a educar a sus hijos de acuerdo con una fórmula aprobada y que los hijos tienden por eso a formar rasgos y fisonomías similares. Cada cultura tiene un tipo de personalidad que corresponde a su norma cultural. Este concepto puede ser valioso y útil para ciertas comparaciones toscas de la cultura, pero su vulgaridad e imprecisión limitan su valor. Descuida, ante todo, el hecho central de que ningún individuo refleja todos los rasgos y fisonomías, y que habrá alguno que no refleje ninguno de ellos. No permite el entretreído creador en los hilos culturales de los hilos individuales y singulares. El concepto no pretende, desde luego, abarcar los determinantes idiosincráticos de la personalidad; el peligro está en la tendencia de ciertos escritores de creer que con el análisis de lo que es "básico" en este sentido encaran convenientemente el tema total de la personalidad.

Este vértigo teórico se podría haber evitado en gran parte si los patrocinantes iniciales de la frase "personalidad y cultura" hubiesen cambiado la conjunción y por la preposición en. "La personalidad en la cultura" presenta todos los problemas legítimos y tiene el mérito complementario de dar a entender que se pueden solucionar, no por la destrucción de la integridad del sistema personal, sino mediante el estu-

under social catastrophe: ninety life-histories of the Nazi revolution". *Char. Pers.*, 1941, 10: 1-22). La experiencia demuestra que la consecuencia de la personalidad resalta especialmente cuando se hallan estimuladas las regiones centrales de la personalidad, es decir, cuando la intervención del ego es elevada. Ver el cap. V de este volumen.

dio de las relaciones que este sistema, completo en sí mismo, mantiene con los contenidos culturales y sociales, los cuales a su vez pueden ser considerados como sistemas de distinto orden.

A pesar de mi defensa de la integumentación, concedo que una de las genuinas debilidades de los escritos personalistas, tanto filosóficos como psicológicos, es su tendencia a eludir las innumerables intersecciones que existen entre el sistema de la personalidad y el sistema social. Aunque los personalistas deben, por convicción, atribuir la primacía al primero, no pueden dejar sin resolver los problemas creados por la intersección. Si lo hacen, su contribución quedará soslayada u omitida por los progresos de la ciencia social. La relación de la personalidad con la sociedad debe ser convenientemente encarada. No basta afirmar que las características de una persona, sus actitudes, sus valores subjetivos u otras fuerzas internas explican su conducta. La afirmación es exacta, pero desestima las variaciones del ambiente. A pesar de la consecuencia predominante, variamos nuestra conducta -dentro de ciertos límites- de acuerdo con las circunstancias sociales. Cada cual, desde luego, la cambia únicamente a su manera; pero nadie está excluido del sistema social, ni es independiente de él. Cada cual conserva sus fronteras, pero estas fronteras no son impermeables.

Necesitamos una teoría de la ciencia social que admita la integridad y la primacía del sistema personal, relacionándolo al mismo tiempo convenientemente con los sistemas social y

cultural, que mantienen las fronteras. Parsons y otros han hecho recientemente importantes avances en esa dirección.⁹

Parsons sostiene que el sistema de la personalidad es una unidad completa en sí misma que ejerce una marcada coacción sobre el sistema social. Este último "no se puede estructurar de tal modo que resulte radicalmente incompatible con las condiciones de funcionamiento de los agentes que lo componen como organismos biológicos y personalidades".¹⁰ Tampoco tiene que satisfacer el sistema social las necesidades de todos sus miembros, sino de la cantidad que requiera el mantenimiento de su forma de organización. En el sistema social el individuo se encuentra relacionado con otros individuos de manera que tiende a conservar sus relaciones en equilibrio.¹¹ El médico y el enfermo, por ejemplo, adoptan en sus contactos recíprocos un papel sutilmente marcado para contemplar las necesidades de los dos, necesidades que no podrían satisfacerse si no se observaran esas relaciones reglamentadas.

Parecería que esta manera de pensar ofrece grandes esperanzas de conservar el reconocimiento de la naturaleza integral que caracteriza el sistema de la personalidad, relacionándolo al mismo tiempo de manera más adecuada con su contenido social. Parsons afirma la unidad fundamental del sistema de la personalidad y se queja de que la mayoría de las formas de la psicología no traten la personalidad como sis-

⁹ T. Parsons, E. A. Shils y otros, *Toward a general theory of action*. Cambridge, Harvard University Press, 1951. T. Parsons, *The social system*, Glencoe. II. The Free Press, 1951. F. H. Allport, *Theories of perception and the concept of structure*. Nueva York, Wiley, 1955, cap. 21.

¹⁰ T. Parsons, op. cit., pág. 27.

¹¹ ídem, pág. 542.

tema.¹² En resumen, este sociólogo ofrece una base teórica para la ciencia social en general, e invita simultáneamente a encarar al individuo desde el punto de vista personalístico.

Hace muchísima falta una ciencia social que sostenga las hipótesis de la psicología personalística. La mayor parte de las teorías y tendencias mencionadas en este capítulo parecen apartarse de la personalidad concebida como sistema intrategmental. Ilustran lo que según Riestman es el cambio más elocuente del carácter norteamericano, el paso de la orientación interior a otras orientaciones.¹³ La exigencia actual de la aprobación de los pares es tan grande (en algunas escuelas no se organizan los grados por el conocimiento de las materias elementales, sino por la adaptación de los niños) que a los estudiosos contemporáneos de la ciencia social les parece natural derivar sus conceptos más bien de la personalidad básica que de la personalidad formada, y más bien de la función que del ser. El personalismo podía imponer su opinión más fácilmente en los primeros tiempos de la dirección interna, cuando se admitía que cada persona poseía finalidad interna y equilibrio interior. Actualmente la psicología personalística tiene que luchar para detener la marea de otra dirección, la marea del Massenmensch.

¹² ídem, pág. 545.

¹³ D. Riesman, *The Lonely crowd: a study of Ehe changing American character*. New Haven, Yale University Press, 1951. Conviene recordar al respecto que John Dewey, en *The public and ifs problems* (Nueva York, Holt. 1927) expone el problema de la desmembración de la persona en simples apéndices públicos: un contribuyente, un dueño de automóvil, un miembro de una iglesia, un marido, un jugador de bolos, un socio de un club, un dentista, ad infinitum.

II

La influencia del moderno positivismo en el estudio psicológico de la personalidad es parcialmente saludable. Los instrumentos de diagnóstico mejoraron, se exigen normas de comprobación más precisas, se rechazan las anécdotas y los rumores y hay una tendencia a establecer comunicaciones más inteligibles, impuesta, aunque en forma limitada, por la preferencia acordada a las definiciones.

Pero el positivismo ejerce asimismo efectos embrutecedores. Sus devotos excluyen las explicaciones relacionadas con los rasgos, los propósitos y los intereses internos; algunos de ellos hasta nos dicen que ya no se puede invocar al sistema nervioso en las series explicativas. Como no se puede observar lo que ocurre entre el estímulo y la respuesta, no se pueden admitir variables intermedias. Hay que limitar los esfuerzos explicativos, dicen, a los hechos exteriores al organismo. Incluso deben descartarse los hábitos del behaviorismo de Watson. "Comprendiendo las propiedades de los estímulos", dice un positivista, "no hace falta el concepto de la personalidad".

¿Quién mueve ese anheloso deseo de postular un organismo vacío? ¿Será un deseo ascético de pureza científica, que sólo acepta un mínimo de hipótesis para evitar las trampas del subjetivismo y los círculos viciosos? ¿Puede esperarse establecer, en mil años de investigación pura levantada sobre magras hipótesis, una ciencia de la conducta que tenga algún grado de suficiencia? ¿No será esta fórmula un medio de evasión, proyectado por su autor para proteger a la hostiliza-

da ciencia de la vida real que aquél ve palpar a su alrededor? Se consuela diciendo que "la ciencia es buena voluntad para aceptar los hechos aunque sean contrarios a los deseos"; pero su deseo de emular a los investigadores de las ciencias naturales lo lleva a rechazar todos los actos contrarios a sus deseos. Brightman demostró que los hombres de ciencia experimentadores, por positivistas que sean sus procedimientos, formulan varias hipótesis silenciosas que interponen el yo, como variable intermedia, entre los estímulos del hombre de ciencia y sus propias respuestas.¹⁴

Aunque el positivismo extremado tiene pocos adherentes en psicología, ejerce una influencia suficientemente fuerte para crear un tono de disculpa en ciertos escritores que afirman tímidamente la utilidad de las "variables intermedias", las "construcciones hipotéticas" o las "tendencias inferidas"; en otras palabras, de las características, los valores, las intenciones, el yo.

Es evidente que una sólida psicología de la personalidad debe tomar un rumbo exactamente opuesto al del positivismo. Debe establecer desde un principio que desde el punto de vista científico no tiene nada de vergonzoso la hipótesis de una personalidad bien provista que es y que hace; una personalidad poseedora de estructuras y subestructuras internas que causan la conducta, totalmente o en parte. Se pueden extraer del positivismo sugerencias útiles con respecto a la necesidad de contar con criterios fidedignos para establecer las inferencias sobre las características, los hábitos,

¹⁴ E. S. Brightman, "The presupposition of experiment", *Personalist*, 1938. 19. 136-43.

las actitudes, las necesidades y los sentimientos. Pero ningún psicólogo a quien le interese la personalidad puede eludir completamente la postulación de disposiciones internas del organismo para explicar la consecuencia de su conducta y la determinación de los motivos. Sobre esto arguye William McDougall que el de la "tendencia anterior" es el más indispensable de los conceptos de la ciencia psicológica.¹⁵ No obstante, todas las presiones que emanan del positivismo siguen la dirección contraria: está de moda desposeer al organismo, quitarle especialmente fuerza dinámica e intencionalidad.

La misma tendencia, en menor grado, se observa en la llamada "teoría del campo". Lewin y sus partidarios no niegan la existencia de necesidades y actitudes dentro del organismo, pero consideran que la conducta es una función de todos los campos de fuerzas, los internos y los externos. En la práctica, parece que hubiera predilección por las fuerzas del ambiente exterior que ejercen presión sobre el individuo. De este modo los deseos y los valores se extraen de muchos campos.¹⁶

También la psicología de la configuración expone la teoría de un organismo singularmente pasivo, o decididamente vacío. La configuración exterior percute sobre el sistema

¹⁵ W. McDougall, Tendencias, as indispensable postulates of all psychology, XI Congr s International de Psychologie, Paris, Félix Alcan, 1938, págs. 157-70.

¹⁶ Esta tendencia se encuentra en muchos trabajos de Lewin; pero haciendo justicia a la amplitud de su criterio debemos decir que en algunas partes de sus obras presenta un análisis aceptable de la estructura psicológica de la personalidad considerada como "región diferenciada". Ambas líneas se ven claramente en su libro póstumo, Field theory in social science (D. Cartwright, edit.), Nueva York, Harper, 1951. Una obra que sigue la teoría del campo y niega expresamente las disposiciones internas, sustituyéndolas por el concepto de la tendencia

nervioso y éste produce, mediante un tipo isomorfo de respuesta, equivalentes del estímulo, conscientes y de conducta. Este proceso psicofísico, tal como lo ven Kóhler y otros, establece relaciones armoniosas entre el organismo y el medio; pero el organismo parece colaborar muy poco en el proceso. El personalista Stern creyó necesario protestar vehementemente contra este esquema pasivo. La vida mental, afirma, además de las propiedades isomorfas y de disposición propia expuestas en esta teoría, revela la continua presencia de una actividad interior: *keine Gestalt ohne Gestalter*.

Los psicólogos cuyos conceptos tienen su centro en la persona rechazan el fetiche del organismo vacío. No comprenden por qué la enorme capacidad de la corteza humana, cargada de energía por sí misma y por actividad autónoma, no haya de admitir tanto las tendencias como los rastros. ¿Es que los nueve mil millones de células de la corteza tienen que actuar únicamente como limaduras de hierro en un campo magnético de fuerzas? Sus combinaciones y sus propiedades sugieren que si bien existen formas pasivas de organización (simples rastros), también hay formaciones sumamente dinámicas, constituidas por propósitos e intereses, que dan personalidad a su carácter activo, apremiante, orientado. No sabemos cómo se relacionan los hechos mentales con los físicos; pero es evidente que, tomados en conjunto, comprenden un sistema unido, cargado de energía y de contornos permanentes. La persona viviente y actuante.

del ambiente, es *Emergent human nature*, de W. Coult. Nueva York, Knopf, 1949.

Es indudable que no todos los psicólogos que ponen a la persona en el centro de sus ideas ven del mismo modo esta animada estructura de la personalidad. Algunos hablan de una organización jerárquica de reflejos condicionados, hábitos, características y "yoes". Otros prefieren unidades como las formadas por los instintos, los intereses y los sentimientos. Los freudianos son partidarios de las instituciones integradas por el ello, el yo y el super-yo. Si bien, como demostraré en seguida, tiene muchísima importancia la unidad que se elija, me limitaré por ahora a repetir mi punto de vista: cualquier teoría de la personalidad que pretenda ser adecuada debe ser dinámica, y para ser dinámica debe presuponer un organismo bien provisto.

IV

Pero no todas las teorías dinámicas de la personalidad son adecuadas. Muchas de ellas, la mayoría, padecen de dos defectos en la concepción de los motivos: prestan poca atención a la unicidad y la contemporaneidad de los motivos personales.

Muchas de las teorías que se empeñan en imitar a la ciencia nomotética consideran que los deseos y las intenciones de los individuos son simplemente cambios repetidos sobre varios temas uniformes. Estos temas se pueden denominar, impulsos, instintos, necesidades, deseos, aspiraciones, vectores u otra cosa. Llámense como se llamen, la inferencia es siempre la misma: pudiendo clasificarse co-

rectamente los motivos básicos de los hombres, se podrá explicar la conducta de cada hombre. El impulso sexual, el instinto de agresión, la necesidad de triunfar, el deseo de seguridad y la aspiración de dependencia son variables a las que pueden estar subordinadas todas las personalidades. Aunque las teorías de los motivos difieren entre sí en alguno de sus aspectos, todas ellas tienen de común esta fuerte inclinación nomotética. Para ciertos objetivos es una inclinación defendible: a menudo es provechoso comparar las personalidades de acuerdo con esta clase de categorías comunes. Pero las teorías que se satisfacen totalmente con una explicación de motivos abstractos, de personalidades abstractas, no crean una base suficientemente sólida para sostener el peso de una personalidad concreta.

Al respecto es interesante recordar el fuerte sabor personalístico de las definiciones que dieron sobre la psicología los fundadores de la ciencia: Wundt, James y Titchener. El primero dice que la psicología "investiga el contenido total de la experiencia en sus relaciones con el sujeto"; el segundo, que "la psicología es la ciencia de las mentes finitas individuales"; el tercero, que "la psicología es el estudio de la experiencia subordinada a una persona". Ninguno de estos autores presentó una explicación de la vida mental concordante con el concepto definido; pero cierto sentido de propiedad parecía guiarlos al formular la definición. Sabían que la mente (como dato psicológico) sólo existe en forma finita y personal. No obstante todos ellos, lo mismo que los psicólogos dinámicos de ahora, se dedican exclusivamente a buscar las leyes de la mente en general, preocupándose muy

poco de las formaciones concretas que señalan las mentes particulares. (Con la excepción del estudio de casos particulares que hace William James en su *Varieties of religious experience*.)

El segundo defecto de la actual psicología dinámica se relaciona con su forma anacrónica de encarar los motivos. Las referencias sobre el pasado dominan el cuadro. Los hombres se ocupan en su vida presente mirando mucho hacia el futuro; los psicólogos se ocupan en recorrerles la vida hacia atrás. Veamos un ejemplo. Preguntemos a cualquier psicólogo (psicoanalista o no) por qué el hijo de cierto político famoso se dedica a la política. La respuesta que nos dará hablará probablemente de identificación paterna, propensión precoz, acomodación y refuerzo, o de algo igualmente cargado de referencias a la niñez. Estas respuestas son aceptables desde un punto de vista histórico, pero son improcedentes y engañosas para explicar la situación actual.

Virtualmente todas las psicologías (la freudiana, la adleriana, la de estímulos y respuestas), destacan la propensión inicial del desarrollo personal durante los primeros años de vida. Los primeros esbozos aparecen, sin duda, en esa época, pero de ahí no debe deducirse que los adultos mantengan normalmente una forma de vida porque haya sido eficaz en la niñez.

Volviendo a nuestro ejemplo, es probable que el hijo se haya identificado con el padre a la edad, digamos, de cuatro años (lo hacen la mayoría de los niños); también es posible que haya sido premiado y elogiado por sus imitaciones de la oratoria de papá. De este modo quizás haya adquirido la

vocación por la política. ¿Pero este minúsculo antecedente explica el impulso, el empuje, el interés que siente el político cincuenta años más tarde? El padre ha muerto; los tipos cambiaron; más que premios, el político recibe pedradas. Millares de experiencias personales ocurridas desde entonces modificaron y reformaron los motivos iniciales. La personalidad del hijo gira ahora alrededor de sus intereses políticos, no del padre.

La confusión en la apreciación de los motivos ,de sus raíces históricas con su funcionamiento contemporáneo me parece el error más embrutecedor de todos los que vician las teorías actuales de la personalidad. No es éste el momento oportuno para examinar las perniciosas consecuencias de la falacia o para discutir ampliamente el problema.¹⁷ Es preciso únicamente insistir en que la propulsión de los motivos que es tan característica de la personalidad humana no puede ser suficientemente explicada por ninguna doctrina de empujes, o series de empujes, del pasado. La teoría que pueda considerarse adecuada debe incluir la efectividad de una imagen propia normal y el carácter dinámico de las intenciones, de las orientaciones de valores y de los sistemas de intereses psicógenos de esquema único de los adultos sanos. Considerado filosóficamente, se impone este traslado de la importancia para descubrir en el individuo los ingredientes de libertad y orientación de valores que permitan la defensa del personalismo.

Es justo admitir que una teoría apropiada debe incluir las fijaciones precoces de la personalidad, los infantilismos,

¹⁷ Ver los capítulos 3, 4, 6 y 9 de este libro.

las regresiones y muchas otras manifestaciones conexas de neuroticismo. No se deben pasar por alto los trascendentales descubrimientos de Freud; sólo conviene ponerlos en una perspectiva apropiada. El político de nuestro ejemplo quizá sea neurótico; tal vez siga ansiosamente identificado con su padre, y haga todo lo que hace porque quiere calzarse los zapatos de papá (incluso reemplazar al padre en el afecto de la madre: perduración del complejo de Edipo después de la muerte de los padres). Lo esencial es que éste sería un estado excepcional y anormal. El criterio freudiano sobre los motivos puede ser un modelo aceptable para la conducta neurótica sin ser un modelo aceptable para todas las conductas. Mi punto de vista personal, que denomino autonomía funcional de los motivos, sostiene que los motivos pueden ser independientes de sus orígenes; y generalmente lo son en las personas sanas. Tienen por función animar y guiar la vida hacia objetivos que armonizan con la estructura actual, las aspiraciones actuales y las condiciones actuales.

En estos últimos años hemos podido observar marcadas mejoras en las teorías, rectificaciones orientadas hacia la autonomía funcional. La tendencia conocida con el nombre de neofreudismo presenta dos notables adelantos: el reconocimiento más amplio de las contribuciones de la cultura y la enunciación de un ego más activo, intencional y de mayor alcance. El ego concebido originalmente por Freud era un razonador relativamente desvalido, aunque inteligente, acosado por tres tiranos : el ello, el super-yo y la realidad externa. Las más de las veces lo único que podía hacer era reprimir sus penosos conflictos, que hacían finalmente erup-

ción en forma de ansiedades neuróticas. Hasta los psicoanalistas más ortodoxos dicen ahora que Freud murió sin completar su teoría del ego. Hoy ya no se suele considerar al ego ampliado y perfeccionado como un agente que se limita a la defensa; contiene juiciosas ideas que se aproximan a las que reclama la doctrina de la autonomía funcional.¹⁸

Otra evolución igualmente notable en buena dirección es la revolución teórica contenida en la terapéutica de Rogers, "centrada en el cliente".¹⁹

Aunque la base teórica de este movimiento de "asesoramiento no directivo" todavía no fue completamente elaborada, es indudable que asumirá una forma compatible con la psicología personalística. Sostiene el criterio, dicho en pocas palabras, de que el yo puede, en ciertas condiciones, reconocer su campo de percepción y cambiar por consiguiente de conducta. La terapéutica consiste en dar al individuo la oportunidad de evaluar y recomponer la imagen que tiene de sus motivos y circunstancias, cambiándose en una persona más coherente y mejor armada.

Podrían citarse otros movimientos contemporáneos que siguen la misma línea. Los términos yo, autoimagen, ego e inclusión del ego, que los psicólogos de la generación anterior empleaban muy poco, se upan ahora con mucha fre-

¹⁸ Entre los libros neofreudianos se destacan los siguientes: E. Fromm, *flan por himself*, Nueva York, Rinehart, 1947; K. Horney, *Necv evays in psychoanalysis*, Nueva York, Norton, 1939 (Nuevas perspectivas en psicoanálisis. Hay edición castellana de Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires); E. Fromm-Reichmann, *Principles of intensive psychotherapy*, Chicago, University of Chicago Press, 1951.

¹⁹ Cf. C. R. Rogers, *Counseling and psychotherapy*, Boston, Houghton Mifflin, 1942; *Client-cenfered therapy*, Boston, Hough ton Mifflin, 1951; *Some observations on the organization of personality*, *Amer. Psychologist*, 1947, 2. 358-68.

cuencia; representan las nacientes teorías sistemáticas de los motivos, libres de las restricciones de la uniformidad y las referencias al pasado que limitaban hasta ahora la concepción de las ideas. ²⁰

Hay que advertir a los personalistas que por lo menos uno de ellos cree que a las teorías de la personalidad no les hace falta la doctrina de la autonomía funcional. Bertocci sostiene que una teoría de los instintos (como la de Mc Dougall) evita la categoría de la "emergencia" contenida en la posición del autor de este libro. El tema ha sido ampliamente discutido en los artículos publicados y no es preciso que lo analicemos aquí."²¹ Bastará decir que ambos escritores están de acuerdo en que una teoría adecuada de la personalidad requiere motivos únicos y dirigidos hacia adelante, cualesquiera sean los conceptos que hagan falta para alcanzar esa meta.

V

²⁰ Ejemplos de este tipo de literatura son las siguientes obras: E. R. Hilgard, *Human motives and the concept of the self* (discurso del presidente pronunciado en la American Psychological Association), *Amer. Psychologist*, 1949, 4, 374-82; D. Snygg y A. W. Combs, *Individual behavior*, Nueva York, Harper, 1949; P. Lecky, *Self-consistency: a theory of personality*, Nueva York, The Island Press, 1945; P. M. Symonds, *The ego and the self*, Nueva York, Appleton-Century, 1951.

²¹ A. Bertocci, *A critique of G. W. Allport's theory of motivation*, *Psychol. Rev.*, 1940, 47, 501-32; G. W. Allport, *Motivation in personality: reply to Mr. Bertocci*, *Psychol. Rev.*, 1940, 47, 533-54. Puede verse una manifestación más reciente de la bien meditada posición de Bertocci en su *Introduction to the philosophy of religion*, Nueva York, Prentice-Hall, 1951, cap. 8.

Sin unidades de análisis sería imposible el estudio científico de la personalidad. El tipo de unidad que se elija es importante. A la psicología que tiene por centro a la persona no le satisfacen las variables que suelen aislarse para su estudio. Padecen el inconveniente de que su síntesis no reconstruye convenientemente la personalidad del individuo que es objeto de estudio. Empeñados en uniformar los instrumentos (tests, cuestionarios, situaciones experimentales) y hacerlos seguros y objetivos, los investigadores inventaron variables tan alejadas de la estructura y el funcionamiento de las personalidades particulares que las informaciones obtenidas resultan a menudo inútiles.

Veamos el caso de los tests profesionales. Suele considerarse que una batería de tests puede decir al que busca empleo qué profesión le conviene elegir, y al empleador cuáles son los solicitantes que puede tomar y a cuáles debe rechazar. A veces los instrumentos son, hasta cierto punto, útiles, pero como emplean variables "típicas" no dicen mucho sobre el motivo singular, el conjunto de habilidades o la capacidad fundamental de cada caso en particular.

Las "variables típicas" no sólo se emplean en la psicología aplicada, comprobándose su imperfección; también son deficientes para la ciencia estrictamente teórica. No han dado hasta ahora (ni parece que, en principio, puedan darlo) un grado muy alto de poder de predicción, comprensión y control, los tres objetivos máximos de la ciencia. Decir que John Brown registra ochenta perceptibles en la variable de "masculinidad.-feminidad", treinta en la de "necesidad de triunfar" y el término medio de la de "introversión-

extroversión" es dar nada más que una mediana información. Aunque empleara un juego de dimensiones más numeroso, una avalancha de scores psicométricos, al psicólogo encargado de trazar el psicodiagnóstico se le escaparía el plan de la personalidad.

Por eso los psicólogos profesionales, especialmente los clínicos, recurren a los métodos ideográficos complementarios: las entrevistas, los relatos biográficos, la intuición. Estas vías de entendimiento todavía no son científicamente "respetables"; desagradan profundamente a los psicólogos metodológicos. Pero la psicología personalística debe orientar sus investigaciones hacia estas formas más ejemplificadas de percepción para llegar a mejorar nuestra capacidad de diagnóstico y permitirnos determinar las características centrales del individuo.

No quiero decir con eso que sea inservible el arsenal de métodos uniformes trabajosamente acumulados. Todo lo contrario; para el primer acercamiento a la personalidad las variables típicas (sobre todo si están bien graduadas) tienen un enorme valor. Su fuerza, lo mismo que su debilidad, reside en su facultad de ordenar todas las personalidades en una serie uniforme de variables, llamadas rasgos, necesidades, actitudes, dimensiones, factores o tipos. Este acercamiento relativo nos permite localizar un sujeto de modo general dentro de una población de pares. Hay instrumentos nomotéticos más sutiles que dan más de un score, aproximándose al umbral del problema de la regulación. Pero los métodos nomotéticos más sutiles sólo nos hacen ver la dependencia mutua que existe entre el score de una variable determinada

y los scores de otras variables. El nexo personal que une todas las variables escapa incluso al enfoque nomotético.

En otro trabajo hablo de este enfoque del "rasgo común" y demuestro que es inferior al enfoque del "rasgo individual", más complejo pero en definitiva más instructivo. El primero se satisface con las variables uniformes; el segundo trata de descubrir los focos vitales de organización dentro de las vidas individuales.²²

Se objeta que si damos mayor importancia al enfoque del rasgo individual, concentrando la atención en la individualidad del cuadro, "la ciencia de la naturaleza humana entrará en un callejón sin salida".²³

Estos generalistas argumentan de este modo: Las piedras de las praderas son unidades singulares, pero la ciencia de la mineralogía abarca todo el tema; el accidente de la unicidad cae, en todo caso, en la jurisdicción del artista. Las enfermedades son manifestaciones singulares, pero la bioquímica y otras ciencias que constituyen la medicina suministran las explicaciones fundamentales necesarias. Siguiendo estos modelos, la psicología como ciencia debería buscar solamente uniformidades y dejar la individualidad al psicólogo, al biógrafo o al amante. Para afianzar el argumento los generalistas afirman que si la personalidad es singular también son singulares los momentos de su transcurso, y que la ciencia no puede aspirar a ocuparse de cosas tan efímeras.

Creo que el punto débil de esa posición se encuentra en el hecho de que la personalidad humana contiene una orga-

²² Personality: a psychological interpretation, op. cit., cap, 11

nización psicofísica permanente, cuya naturaleza intrínseca es precisamente lo que deseamos estudiar los que ponemos por centro a la persona. Como no puede ser estudiada adecuadamente con variables uniformes, no tenemos más remedio que buscar el peculiar sistema central de rasgos y sus sistemas subsidiarios, que comprenden este dato singular. Las unidades efectivas de la personalidad son peculiares del individuo. El reconocimiento de este hecho central no lleva a punto muerto la ciencia de la naturaleza humana. Al contrario; se puede demostrar que el conocimiento de las normas internas del individuo que mantienen la consecuencia y la armonía de la conducta acrecienta nuestra capacidad científica, porque aumenta la comprensión, el poder de predicción y de control del individuo, más de lo que puede lograr el sentido común sin ayuda o la ciencia nomotética. El problema de si debe controlarse científicamente al individuo es de índole axiológica y no es necesario que lo analicemos aquí. El examen que estamos haciendo se refiere solamente al establecimiento de la respetabilidad de la investigación científica en el fenómeno de la singularidad.

Hasta ahora se ha progresado relativamente poco en la teoría o la investigación correspondiente al nivel de los rasgos individuales, principalmente porque la psicología tradicional no admitió esta exigencia personalística. No obstante algo se progresó. Voy a mencionar, como ejemplo, algunas orientaciones de las investigaciones contemporáneas que parecen apropiadas y promisorias. Los estudios de la con-

²³ H. A. Murray. Toward a clasification of interactions, en T. Parsons y E. A. Shils, op. cit., cuarta parte, cap. II.

ducta expresiva despiertan esperanzas, porque tienden a descubrir la relación existente entre los movimientos manifiestos y las normas internas de interés, ansiedad y temperamento. Hay algunos procedimientos matemáticos, de los que cabe esperar buenos resultados, especialmente de los que tratan de ocuparse en los esquemas de los hechos que ocurren dentro de las personalidades individuales. Todo lo que conduzca a mejorar la preparación y el uso de los documentos personales (relación de casos, biografías, etcétera) es actividad apropiada. Los procesos por los cuales la mente humana forma y verifica el juicio sobre las personas merecen ser estudiados detenidamente; parece indudable que en el cuadro de la percepción hay algo más que deducciones de experiencias anteriores. También son importantes los estudios que fijan la atención en la armonía o la inconexión de los sistemas de motivos que fundamentan los actos de una persona determinada. ¿Los impulsos conscientes e inconscientes de esa persona son de una sola pieza o son discordantes? Todos estos problemas -y muchos otros similares- requieren métodos perfeccionados para el manejo de esquemas e individualidades.²⁴

El hecho de que nos dediquemos a elaborar nuevos métodos para el estudio de los rasgos individuales y las normas personales, no significa que haya que descuidar los esfuerzos para mejorar las variables nomotéticas. Mi colega y crítico Henry A. Murray propuso recientemente, sobre la base de muchos años de labor, un esquema de variables que

²⁴ Véase en los capítulos 3 al 9 el análisis de algunos de los problemas que aquí hemos mencionado brevemente.

constituye un señalado progreso.²⁵ Las unidades están expresadas en función de valores, vectores y valores-vectores. Los valores incluyen el interés en el cuerpo, la prole, el conocimiento, la libertad, la afiliación, etcétera; los vectores son disposiciones que conducen al renunciamento, la aceptación, la adquisición, la agresión, etcétera; los valores- vectores (necesidades) son las disposiciones más concretas para renunciar, aceptar, adquirir, construir, mantener y restaurar una determinada entidad evaluada. Creo que este tercer tipo de unidad, por ser concreto, se aproxima más a lo adecuado, porque se ocupa de las intenciones integrales (orientaciones) que tienen las personas con respecto al medio, real e imaginario, que las rodea. El esquema interrumpe repentinamente el reconocimiento de la multiplicidad y unicidad primaria de las personalidades, porque sigue pretendiendo ordenar todas las formas individuales dentro de un esquema común de "variables típicas". No obstante, quizá sea el recurso nomotético más útil que se haya proyectado hasta ahora. Con su ayuda tal vez se logre llevar la personalidad analizada, con una aproximación mayor, a una síntesis que contenga su estructura y funcionamiento propios. Si se consigue aportará una valiosa contribución a la teoría y el método del estudio de la personalidad. Si el procedimiento fracasa, tendremos que seguir investigando, siempre procurando descubrir unidades más viables y perfeccionar los medios para manifestar la individualidad regulada.

²⁵ Op. cit., especialmente las págs. 463 y sigs.

VI

Creo que todos los filósofos personalísticos podrían estar de acuerdo con gran parte de lo que he dicho en estas páginas. Se limitarían a aprobar mi insistencia de que la psicología debe ocuparse convenientemente de la personalidad como sistema. Dirían probablemente: "No nos cuente eso a nosotros; vaya a decírselo a los psicólogos destructores de la persona". Pero llegamos ahora a un juicio espinoso, que puede reclamar grandes concesiones a los personalistas filosóficos, o que, por lo menos, indica la necesidad de establecer nuevas bases de entendimiento mutuo. El juicio puede expresarse de este modo: La psicología de la personalidad debe admitir ampliamente el concepto del yo, pero sin emplearlo como "factoturn", como hacen algunos filósofos.

Comencemos por determinar los puntos relativos a las propiedades del yo en los que coinciden los filósofos con los psicólogos. En primer lugar deben convenir en que conciencia no siempre es conocimiento de sí mismo. Es muy probable que los animales sean conscientes, pero también que su conciencia no contiene autoconocimiento. Los animales, como dice Romanes, saben pero no saben que saben. Del mismo modo, ahora existe la certeza de que el conocimiento de su propio yo aparece en el niño a los dos o tres años de edad, como resultado de una maduración y un aprendizaje adquiridos gradualmente. En los adultos que se encuentran en estado de somnolencia y baja vitalidad es indudable que no hay conciencia del yo. Si nuestro criterio de la conciencia del yo es exigente (es decir, si imponemos en el sistema del

yo el reconocimiento y claro del estado mental), podemos aventurarnos a conjeturar la posibilidad de que una persona se pase un día entero sin tener conciencia de sí misma.

Otro punto de coincidencia es el hecho de que la conciencia del yo, a pesar de su carácter efímero, es el testimonio más seguro que poseemos de la existencia personal. Es el sólido núcleo empírico de la personalidad humana. No siempre reconocemos la "posesión" de nuestra conciencia, pero el hecho de que lo hagamos de tanto en tanto es fundamental para nuestro sentido de la identidad personal y de la continuidad.

A la moderna psicología le interesa en gran parte el criterio fenomenológico del yo como dato. Hay un método de investigación, popular aunque bastante trivial, que se ocupa de localizar el yo como fenómeno en distintas regiones del cuerpo.²⁶ Otra orientación más interesante es la que estudia las condiciones en que se reconoce la posesión de la experiencia. En estos últimos tiempos ocupó un lugar importante el tema de la autoimagen (el ego ideal), especialmente en la literatura terapéutica. Muchos psicólogos consideran que la idea del yo, lo mismo que el conocimiento del yo, constituye el eje central sobre el que giran el desenvolvimiento y los cambios de la personalidad. Sólo que en este método de trabajo el yo tiene una definición más limitada. Se considera al yo como al individuo tal como lo conoce el individuo. Todavía no se admite expresamente al yo como agente.

²⁶ C. E. L. Horowitz. Spatial localization of the self, Soc. Psychol., 1935. 6, 379-87.

Pero creo que hay más coincidencias. Los psicólogos que ponen el centro en la persona reconocen que el sentido del yo, por efímero que sea, es un punto de referencia vital y activo para todas las conductas. La operación de la memoria -especialmente la de reconocimiento- trae constantemente a la mente el hecho indiscutible de la identidad personal. El yo como punto de anclaje en la conciencia se afirma en los primeros años de vida, y el niño localiza las ubicaciones de arriba, abajo, adelante y atrás, el pasado y el futuro, la oposición y el rechazo con relación al yo que conoce.

De este modo queda la cognición enlazada con el sistema. Especialmente a los dos o tres años de edad el niño adquiere una aguda conciencia a del yo y comienza a afirmarse como ser que lucha por obtener algo . (A los que tengan hijos negativistas de esa edad no les harán falta otras pruebas.) Aparece una clamorosa exaltación del yo, la que sólo con el transcurso del tiempo llega a socializarse, cambiándose en la búsqueda de valores menos egocéntricos.

Esta evidencia nos induce a suponer que aunque sea transitoria la conciencia del ser, la sensación, la actividad y la voluntad son en realidad poseídos, y que la personalidad consciente es la hipótesis central que debemos sostener al examinar los estados psicológicos de los seres humanos. Estamos de acuerdo con esta amplia inferencia, aunque hay un punto que nos sigue perturbando: el infante. Decir que "posee" sin saberlo sus confusas experiencias es establecer un yo anterior al desarrollo de la capacidad de autoconocimiento. Los personalistas insisten en que es una suposición necesaria, pero yo por mi parte preferiría dejar abierta la

posibilidad de que sea una proposición defendible la que dice que la personalidad consciente surge en los primeros años de vida.

Creo que hasta aquí están de acuerdo los personalistas y los psicólogos que ponen en el centro la persona. ¿Cuál es, entonces, su desacuerdo fundamental? En mi opinión el problema principal deriva de la tendencia que muestran los primeros a encarecer con exceso la función de la conciencia. La tendencia asume diversas formas, ya sea con respecto al análisis del yo, de la persona o de la personalidad. Brightman, por ejemplo, dice: "Filosóficamente, la personalidad se limita a la conciencia; los psicólogos continúan interpretando que la personalidad es la interacción del ambiente empírico con el cuerpo. Interpretación inofensiva, mientras no se produzca la confusión de la situación empírica dada con las entidades hipotéticas, como los cuerpos, que se relacionan con aquélla".²⁷ Bertocci, otro personalista, dice por su parte: El yo, el ego, la persona, el ser consciente (expresiones usadas aquí como sinónimo) es la unidad compleja de actividad que consiste en sentir, pensar, necesitar, imaginar, querer, deber.²⁸

Ante esa sobrecarga de conciencia amontonada sobre la persona el psicólogo se alarma y siente el temor de ser arrasado hacia el campo del mentalismo puro y de perder la unidad orgánica del funcionamiento de la personalidad que él conoce. A Bertocci le contestaría que muchas de las actividades de sentir, recordar, imaginar, pensar, percibir, querer

²⁷ E. S. Brightman, What is personulify?, Personalist, 1939, 20.

²⁸ P. A. Bertocci, Introduction to the philosophy of religion, op. cit., pág. 203.

y otras similares se desarrollan unidas, y sin la intervención de la conciencia, ya veces prescindiendo totalmente de ella. Luego, la persona es más que una unidad consciente. A Brightman le diría que si la personalidad, filosóficamente considerada, se limita a la conciencia, el psicólogo se refiere a una entidad distinta y más amplia, que no tolera esa arbitraria cirugía psicofísica. El hecho de que el problema preocupe a los mismos personalistas tranquiliza y deja la puerta abierta para el entendimiento.

William Stern, cuya neutralidad psicofísica no es del agrado de los personalistas norteamericanos, ofrece una de las soluciones del problema. Stern propone un *tertium quid*, ni mental ni físico, que mantiene la unidad y la coherencia buscadas por los personalistas, y representa al mismo tiempo la esencialidad metafísica. Para él la persona es una totalidad viviente, individual, única, que persigue determinados objetivos y aunque es completa en sí misma se abre al mundo que la rodea. Tiene capacidad de experiencia.²⁹

Notemos que Stern considera compulsivos los atributos mencionados de la persona, exceptuando únicamente a la experiencia. La persona posee capacidad de experiencia, pero la garantía de unidad se encuentra en un nivel más hondo. El criterio de Stern es opuesto tanto al de Brightman como al de Calkins, para quienes el yo es mental y tiene cuerpo. Para Stern la conciencia no es más que un importante ingrediente ocasional. Las experiencias pueden ser salientes (ab-

²⁹ W. Stern, *General psychology from the personalistic stand-point* (ver ing, de H. D. Spoerl), Nueva York, 1938, pág. 70. En alemán: Die person ist eipe individuelle, eigenartige Ganzheit, welche zielstrebig wirkf, selbstbezopen und weltoffen ist; fähig ist zu erleben.

gehoben) o profundamente empotradas, incluyendo el yo en mayor o menor grado, o sin incluirlo. Las que están señaladas por una mayor relación personal son las que más interesan al psicólogo, pero el principio que establece el enlace no es el yo (ni como agente consciente ni como dato) sino la persona.

La posición de Stern parece en verdad resolver el problema, multiplicando entidades, ofreciéndonos neutralidad en malabarismo con la mente y el cuerpo. Menciono aquí su concepto no con mi respaldo, sino para llamar la atención sobre el hecho de que el problema preocupó profundamente a un personalista, filósofo y psicólogo, que no halló otra solución más que la de conservar la evidente unidad de mente y cuerpo, la que ahora señala la organización y el funcionamiento de la personalidad humana. Dudo que algún psicólogo, cuyo interés esté auténticamente concentrado en la persona, pueda trabajar cómodamente dentro de un cuadro en el que los procesos inconscientes, los reflejos y los fisiológicos se consideren carentes de integración y coordinación o menos importantes para la unidad de la persona que las operaciones conscientes del yo. Todos esos niveles de funcionamiento son vitales.

VII

En estas páginas he tratado de esbozar un enfoque psicológico de la personalidad humana que está, en mi opinión, de acuerdo con las comprobaciones científicas. Quizás haya

empleado un vocabulario poco conocido, y a veces un tono de controversia, pero me animo a esperar y creer que la orientación de mis argumentos sea compatible con los amplios principios del personalismo filosófico. Me parece inconcebible que dos disciplinas bien intencionadas, que trabajan en un mismo asunto, puedan permanecer indefinidamente separadas.

EL SISTEMA ABIERTO EN LA TEORIA DE LA PERSONALIDAD

Para que la teoría de la personalidad llegue a un acuerdo con la literatura y la filosofía, debe avenirse asimismo con la ciencia natural y la biología. Muchos psicólogos de la hora actual emplean el concepto de sistema con la esperanza de que les sirva para unificar su obra con la labor de los demás hombres de ciencia. La esperanza se justificaría, en parte, si se permitiera al sistema de la personalidad seguir siendo un sistema abierto, como lo requiere su naturaleza.

Este ensayo fue escrito por invitación de la Octava Sección (Sección personalidad y psicología social) de la Asociación Norteamericana de Psicología. Fue presentado en la 14 asamblea anual de la sección, reunida en Cincinnati en septiembre de 1959, y se publicó en el *Journal of Abnormal and Social Psychology* (1960).

Nuestra profesión progresa de forma espasmódica, generalmente por impulso de la moda. Calculo la duración media de nuestras modas en unos diez años. La teoría de los

instintos de Mc Dougall mantuvo su predominio de 1908 a 1920, aproximadamente. El conductismo de Watson dominó la escena durante el decenio siguiente. Luego tomaron el mando las jerarquías del hábito; a continuación la teoría del campo; actualmente, la fenomenología. No llegamos nunca a resolver nuestros problemas ni a agotar nuestros conceptos; solamente nos cansamos de ellos.

Ahora está de moda investigar fenómenos tales como los del juego de respuestas, las claves, la privación sensorial y la percepción personal, y hablar de sistemas teóricos, tema al que luego volveremos. Diez años atrás la moda exigía dinámica de grupo, escalas de Guttman y la investigación de las insípidas cualidades de la personalidad autoritaria. Veinte años antes, frustración y agresión, escalas de Thurstone y moral nacional. Hoy vemos con cierta consternación el eclipse del psicoanálisis por el existencialismo. Y así seguimos. Por suerte muchas de las oleadas de la moda han dejado residuos provechosos.

Las modas tienen una cara cómica y otra seria. La transformación barberil que sufren los problemas barbados nos hace sonreír. Cansados de la sugestibilidad adoptamos el nuevo corte de pelo conocido con el nombre de persuasibilidad. La moderna ecología nos entusiasma, sin que nos moleste el recuerdo de John Stuart Mill que hace un siglo implantó el término para designar la nueva ciencia del carácter humano. Nos gusta el concepto neurológico del gaiting, olvidando convenientemente que el funcionalismo norteamericano sostuvo siempre el predominio de los tests mentales generales sobre los específicos. Nos atrae el refuer-

zo, pero no el secular debate sobre el hedonismo. Hacemos a un lado el problema de la libertad para preferir los "puntos selectos". Evitamos el problema del cuerpo y la mente pero estamos en la actualidad cuando hablamos de los "modelos cerebrales". Nos parece que el vino viejo sabe mejor envasado en botellas nuevas.

La cara se pone seria cuando nosotros y nuestros estudiantes olvidamos que el vino es realmente viejo. En un número reciente del *Journal of Abnormal and Social Psychology* descubrí que en los veintiún artículos de psicólogos norteamericanos el noventa por ciento de las referencias corresponden a publicaciones de los últimos diez años, aunque la mayoría de los problemas que investigan tiene barbas canosas. En el mismo número del *Journal* tres autores europeos remiten el cincuenta por ciento de las referencias a trabajos anteriores a 1949. No sé qué podrá indicar este detalle, salvo que los autores graduados deduzcan, al leer nuestras publicaciones, que la literatura de más de un decenio carece de méritos y puede ser tranquilamente desechada. En un reciente examen para el doctorado se le preguntó al candidato qué relación tenía su tesis sobre las condiciones fisiológicas y psicológicas de la tensión con el problema del cuerpo y la mente. Confesó que no tenía la menor noticia de ese problema. Un alumno del último año dijo que de Thomas Hobbes sólo sabía que se había hundido con el *Leviathan* cuando el barco chocó con un iceberg en 1912.

Variación psicolingüística

Tenemos las ventanas cerradas hacia el pasado, pero nos regocijamos por lo que hemos adelantado después de la segunda guerra mundial. Entre los jubilosos progresos figura el remozamiento de la lingüística psicológica. (Pero no puedo contenerme, ni aun aquí, para no señalar que la muy discutida hipótesis whorfiana ya era vieja en los tiempos de Wundt, Jespersen y Sapir.) Como quiera que sea, voy a iniciar mi discusión sobre los sistemas abiertos de la teoría de la personalidad con un somero análisis whorfiano de nuestro propio vocabulario. Mi estudio (hecho con la amable ayuda de Stanley Ploy) es demasiado superficial para que se justifique un informe detallado.

Lo que hemos hecho, dicho en pocas palabras, es estudiar la frecuencia con que se emplean en el lenguaje psicológico los prefijos *re* y *pro*. Nuestra hipótesis era que los compuestos con *re*, que denotan repetición, pasividad, recepción de un impulso o una maniobra, son mucho más corrientes que los compuestos con *pro*, que denotan futuro, intención, empuje hacia adelante. Nuestro material fueron los índices de los Abstractos psicológicos de los últimos treinta años, con intervalos de cinco años; y los términos que con esos prefijos figuran en el Diccionario de psiquiatría, de Hinsie y Shatzky y en el Diccionario de psicología, de English e English. Además sacamos vocablos a la ventura de cinco periódicos de psicología. Combinando estas fuentes resultó que los términos compuestos con *re* casi quintuplican a los compuestos con *pro*.

Claro está que no todos los términos corresponden a nuestros propósitos. Vocablos como referencia, relación, reticular, relato no tienen el sentido que buscamos; como tampoco lo tienen las palabras probabilidad, proceso o propaganda. Se verá más claramente nuestra idea observando que el término reacción o reactivo se repite centenares de veces, mientras que las palabras proacción y proactivo sólo figuran una vez, en el diccionario de English, a pesar de los esfuerzos que hizo Harry Murray para introducirlos en el lenguaje psicológico.

Pero aunque tratáramos de hacer una clasificación más estricta del material lexicográfico, aceptando únicamente los términos que indican claramente reacción y respuesta por una parte y proacción u organización progresiva de la conducta por la otra, la proporción seguiría siendo aproximadamente de cinco a uno. En otras palabras, nuestro vocabulario posee cinco términos como reacción, respuesta, refuerzo, reflejo, relación, retroacción, reconocimiento, regresión, represión, reminiscencia por cada palabra como producción, prosecución, proficiente, problema, propiedad y programa. Esto es con respecto a la cantidad de palabras distintas disponibles. La desproporción es más notable cuando se advierte que las cuatro palabras reflejo, reacción, respuesta y retención se emplean, juntas, cien veces más que cualquier vocablo integrado con el prefijo pro, excepto problema y proyección; y creo que este último se usa generalmente sólo en el sentido de reactividad.

La endeblez de este estudio es evidente. No todos los términos que denotan conducta espontánea, orientada hacia

el futuro, comienzan con pro. Pensemos en las palabras expectativa, intención, finalidad. Pero tampoco empiezan con re todos los vocablos que indican una respuesta pasiva o una referencia retrospectiva. Recordemos las palabras coding, indicios, ingresos y egresos, y otras similares. Pero si bien nuestro análisis deja mucho que desear, nos prepara el camino para la crítica de la teoría de la personalidad expresada en sistemas. El punto de enlace lo constituye la cuestión de si poseemos las herramientas verbales, y por consiguiente conceptuales, necesarias para construir una ciencia de cambios, crecimiento, futuro y potencial, o si nuestra terminología técnica tiende a atarnos a una ciencia de respuesta, reacción y regresión. El vocabulario del que disponemos sirve más para describir el desarrollo de la personalidad desde el pasado hasta el presente que desde el presente hacia el futuro.

El concepto de sistema

Hace más o menos una generación la ciencia, incluso la psicología, se ocupaba en lo que podríamos llamar la "complejidad desorganizada". Los naturalistas exploraban tal o cual fragmento de la naturaleza; los psicólogos, ésta o aquella porción de la experiencia y la conducta. El problema de las relaciones mutuas, aunque admitido, no era objeto de investigaciones directas.

Lo que hoy se denomina teoría sistemática -al menos en psicología- es la consecuencia de la concepción relativamente nueva del organismo reflejada en la obra de Von Bertalanffy y Goldstein y en ciertos aspectos de la psicología de la configuración. Es opuesta a las teorías simples de la reacción, según las cuales vemos a un virtual autómatas dando una respuesta contraria a los estímulos, como si éstos fueran monedas que le echaran en la ranura. El interés en las teorías sistemáticas es cada vez mayor en psicología, aunque no aumenta con tanta rapidez como en otras ciencias.

Un sistema -cualquier sistema- se define simplemente como un complejo de elementos que se encuentran en interacción. Bridgman, como era de esperar en un operacionista, incluye en su definición la idea de método. Dice que un sistema es "un contenido aislado en el que todas las mediciones que pueden hacerse de lo que ocurre en el sistema tienen cierta relación mutua."³⁰

³⁰ P. W. Bridgman, *The way things are*, Cambridge. Harvard University Press, 1959, pág. 188.

Los sistemas pueden ser cerrados o abiertos. Los sistemas cerrados son los que no admiten materia exterior, por lo que, de acuerdo con la segunda ley de la termodinámica, están sujetos a la entropía. Aunque alguna forma exterior de la energía, como los cambios de la temperatura y el viento, pueden actuar sobre un sistema cerrado, éste carece de propiedades restaurativas y no realiza transacciones con el medio, cayendo, como un puente deteriorado, en el equilibrio termodinámico.

Algunos autores, como Von Bertalanffy,³¹ Brunswik³² y Pumpian-Mindlin³³, dicen o sugieren que ciertas teorías psicológicas y de la personalidad funcionan con la concepción de un sistema cerrado. En mi opinión estos críticos fuerzan demasiado el argumento. Dejemos los sistemas cerrados en el terreno de la física, que es el que les corresponde (aunque aun así quedaría por ver si la fórmula de Einstein del paso de la materia a la energía no sale demostrando la inutilidad de proponer sistemas cerrados incluso en la física). De todas maneras es preferible admitir que todos los organismos vivos participen del carácter de sistemas abiertos. Dudo que podamos encontrar algún defensor de un verdadero sistema cerrado en las filas de la teoría de la personalidad. Hay, en cambio, grandes diferencias en las teorías corrientes

³¹ Von Bertalanffy, *Theoretical models in biology and psychology*, en D. Krech y G. S. Klein (edit.) *Theoretical models and personality theory*. Durham, N. C., Duke University Press, 1952

³² E. Brunswik, *The conceptual framework of psychology*, *International Encyclopedia of Unites Science*. Chicago, University of Chicago Press, 1955. tomo 10

³³ E. Pumpian-Mindlin, *Propositions concerning energetic-economic aspect of libido theory*. *Ann. N. Y. Acad. Sci.*, 1959, 76, 1038-52

en cuanto al grado de apertura que adjudican al sistema de la personalidad.

Rastrillando las definiciones de los sistemas abiertos podríamos reunir cuatro criterios. 1. Hay ingreso y regreso de materia y de energía. 2. Debido a la adquisición y conservación de estados (homeostáticos) firmes, la intrusión de energía exterior no desbarata seriamente la forma y el orden interior. 3. Hay generalmente un aumento de orden sobre el tiempo, debido al acrecentamiento de la complejidad y la diferenciación de las partes. 4. Finalmente, por lo menos en el nivel humano, hay algo más que recepción y expulsión de materia y energía; hay un extenso intercambio con el medio.³⁴

Aunque todas nuestras teorías consideran a la personalidad como un sistema en algún sentido abierto, pueden clasificarse de acuerdo con la distinta importancia que atribuyen a los precedentes criterios y según el número de ellos que acepten.

Primer criterio

³⁴ La definición de Von Bertalanffy reconoce expresamente que en todos los organismos vivos se encuentran los dos primeros criterios. Los organismos vivos, dice, "son sistemas abiertos que entregan continuamente materia al mundo exterior, del que toman materia para sí, pero realizan este permanente intercambio conservando un estado fijo, o acercándose a la fijeza de su estado a través de las variaciones temporales". (Problems of life -trad. de Das biologische Weltbild, 1949; Nueva York, Wiley. 1952, pág. 125.) Pero en otra parte de su obra encontramos la admisión del, autor de los restantes criterios (idem. pág. 145; Theoretical models and personality theory, op. cit., pág. 34).

Veamos el primer criterio: intercambio de materia y energía. La teoría del estímulo y la respuesta en su forma más pura se concentra en este criterio con la virtual exclusión de todos los demás. Sostiene que entra un estímulo y se emite una respuesta. Existe, desde luego, un mecanismo para sumar, almacenar y demorar, pero el egreso es bastante proporcionado al ingreso. Tenemos que estudiar únicamente los dos polos del estímulo y la respuesta, con un mínimo de preocupación por los procesos intermedios. El positivismo metodológico avanza un paso más, diciendo que el concepto de la personalidad no nos hace ninguna falta. Nos basta concentrar la atención en nuestros manejos medibles de los ingresos y los manejos medibles de las salidas. La personalidad se evapora en una niebla de método.

Segundo criterio.

La exigencia de los estados firmes en los sistemas abiertos es aceptada tan ampliamente en la teoría de la personalidad que necesita muy pocas explicaciones. Satisfacer las necesidades, reducir la tensión y conservar el equilibrio es, en la mayor parte de las teorías, la fórmula básica de la dinámica de la personalidad. Algunos autores, como Stagner³⁵ y Mowrer, opinan que esta fórmula concuerda lógicamente con la explicación de Cannon³⁶ de la homeostasis³⁷.

³⁵ R. Stagner, Homeostasis as a unifying concept in personality theory, *Psychol. Rev.*, 1951, 58, 5-17.

³⁶ W. B. Cannon, *The wisdom of the body*. Nueva York, Norton, 1932.

La complicada conducta adaptadora del hombre no es más que una extensión del principio contenido en la regulación de la temperatura, el equilibrio del volumen de sangre, del contenido de azúcar, etcétera, frente a los cambios del ambiente. Es cierto que Toch y Hastorf llaman la atención sobre la conveniencia de no extender demasiado el concepto de la homeostasis en la teoría de la personalidad.³⁸ Yo por mi parte dudo que Cannon pudiera estar de acuerdo con la extensión, porque para Cannon el valor de la homeostasis reside en su capacidad para librar al hombre de lo que él llama las inapreciables cosas no fundamentales de la vida.³⁹ Obtenido el equilibrio biológico, toman la dirección las inapreciables cosas no fundamentales y constituyen la mayor parte de la actividad humana. Como quiera que sea, para la mayor parte de las teorías actuales la personalidad es un *modus operandi* para restaurar un estado de firmeza.

Las teorías psicoanalíticas son de esta clase. Según Freud, el ego se empeña en establecer el equilibrio entre los tres "tiranos", el ello, el super-yo y el medio exterior. Del

³⁷ En un reciente trabajo (*A cognitive theory of dynamics* -juicio crítico sobre *Dynamics of behavior*, de R. S. Woodworth-, *Contempt Psychol.*, 1959, 4, 129-33). H. S. Mowrer defiende firmemente la teoría homeostática. Le apena que el decano de los psicólogos norteamericanos, Robert Woodworth (*Dynamics of behavior*, Nueva York, Holt, 1958) se haya puesto decididamente en contra de la teoría de la "supremacía de la necesidad" para apoyar lo que él llama la teoría de la "supremacía de la conducta". No nos ocuparemos en los méritos detallados de la controversia; lo que ahora nos interesa es señalar que el problema se unificó. La supremacía de la necesidad, a la que Mowrer llama teoría "homeostática", no pasa de nuestros dos primeros criterios del sistema abierto. Con su insistencia de que el contacto con el medio y su dominio constituyen el penetrante principio de los motivos, Woodworth reconoce los restantes criterios.

³⁸ H. H. Toch y A. H. Hastorf. *Homeostasis in Psychology-Psychiatry*, 1955. 18, 81-91

³⁹ W. B. Cannon, *op. cit.*, pág. 323.

mismo modo, los llamados mecanismos de defensa del ego son esencialmente los encargados de mantener un estado de firmeza. La misma neurosis tiene también una función básica de adaptación.⁴⁰

Resumiendo: Muchas teorías actuales de la personalidad admiten dos de las condiciones de los sistemas abiertos. Aceptan el intercambio de materia y energía, y reconocen la tendencia de los organismos a mantener un arreglo ordenado de los elementos en un estado firme. Dan, por lo tanto más importancia a la estabilidad que al crecimiento, a la permanencia que al cambio, a la reducción de la incertidumbre (teoría de la infracción), y al coding (teoría cognoscitiva) más que a la facultad creadora. En pocas palabras, dan más importancia al ser que a la evolución. Las teorías de la personalidad son en su mayor parte biológicas en el sentido de que adjudican a la personalidad sólo los dos aspectos de los sistemas abiertos que existen claramente en todos los organismos vivientes.

Pero hay otros dos criterios, que a veces los biólogos mencionan pero sin darles importancia, y que son igualmente desechados en muchas teorías actuales de la personalidad.

⁴⁰ Hablando de la función de la neurosis, recordamos las tantas teorías sobre el funcionalismo que circulan en la psicología y en las ciencias sociales. Aceptando la amplitud de la denominación, como lo demostró Merton (R. K. Merton, *Social theory and social structure*, edic. rev. Glencoe, II. The Free Press, 1957, cap. I) podemos siempre decir que lo que destaca al funcionalismo es la aplicación ventajosa de una actividad para la conservación del estado firme en una personalidad o en un sistema social o cultural. En pocas palabras, las teorías funcionales dan importancia al mantenimiento de la dirección actual, dando muy poca cabida a las desviaciones o los cambios.

Perspectiva transatlántica

Antes de examinar el tercer criterio, que llama la atención sobre la tendencia de los sistemas abiertos a enaltecer su grado de orden, echemos una ojeada a las teorías del presente en una perspectiva contractual. En los Estados Unidos nuestro campo especial de estudio ha sido denominado ciencia de la conducta (etiqueta que nos han pegado fuertemente con la cola de los millones de Ford). El sabor del término sugiere que nos ocupamos en sistemas semicerrados. A juzgar por su nombre el que se dedica a la ciencia de la conducta parece que se dedicara a estudiar al hombre más en cuanto a la conducta que ala experiencia; más en cuanto al espacio matemático y el tiempo de reloj que en cuanto al espacio y el tiempo existenciales; más en cuanto a la respuesta que al planeamiento; más en cuanto a la reducción de la tensión que al acrecentamiento de la tensión; más en cuanto a la reacción que a la proacción.

Saltemos ahora nuestra empalizada cultural y escuchemos algo sobre la antigua sabiduría hindú. Los hombres, dicen los hindúes, tienen cuatro deseos centrales. Corresponden en cierto modo, aunque sólo esquemáticamente, a las cuatro etapas de la vida. El primero es el deseo de placer, aspiración amplia y extensa reconocida en nuestras teorías occidentales de la reducción de la tensión, el refuerzo, la libido y las necesidades. El segundo es el deseo de triunfar, también plenamente reconocido y estudiado en nuestras investigaciones sobre el poder, la posición, la conducción

política, la masculinidad y la obtención de las necesidades. El tercero es el deseo de cumplir el deber y librarse de responsabilidades. (No fue un hindú, sino Bismark, el que dijo: No estamos en este mundo para gozar sino para cumplir nuestras malditas obligaciones). Aquí comienza a desvanecerse nuestra obra occidental; fuera de algunas desteñidas investigaciones sobre los castigos de los padres relacionados con la formación de la conciencia infantil, tenemos muy poco que ofrecer sobre el "motivo del deber". Nosotros nos inclinamos a pensar que la conciencia es una reacción contra los castigos internados, confundiendo el "debe" del aprendizaje del pasado con el "debe" contenido en el planeamiento del futuro.⁴¹ Finalmente los hindúes nos dicen que para muchos estos tres motivos se esfuman; se lanzan entonces a buscar intensamente un punto de comprensión -para algún significado filosófico o religioso- que los libere del placer, el éxito y el deber.⁴² (¿Hace falta que diga que muchas teorías occidentales de la personalidad encaran las aspiraciones religiosas como reacciones, como recurso de evasión que no se diferencian en calidad del suicidio, el alcoholismo y la neurosis?)

Volvamos ahora de la India a la Viena moderna para encontrarnos con la escuela existencialista de la logoterapia. Su fundador, Viktor Frankl, destaca principalmente el lugar fundamental que ocupan el deber y el sentido, los mismos motivos que los hindúes ponen en el pináculo jerárquico del deseo. Frankl formuló su concepción después de haber su-

⁴¹ G. W. Allport, *Becoming: basic considerations for a psychology of personality*. New Haven, Yale university Press, 1955, págs. 68-74.

⁴² H. Smith, *The religious at man*. Nueva York, Harper, 1958: Nueva York, Mentor, 1959.

frido un largo y angustioso encierro en un campo de concentración nazi, donde, con otros presos, conoció la desnudez de la existencia.⁴³ ¿Qué necesita y desea el hombre que llega a ese extremo? El placer y el éxito quedan descartados. Lo que uno quiere es conocer el sentido de los sufrimientos que padece y averiguar cuál es la conducta que, como ser responsable, debe seguir. ¿Suicidarse? ¿Por qué? ¿Y si no, por qué no? La búsqueda del sentido se convierte en la suprema indagación.

Frankl sabe que su teoría de los motivos, que adquirió dolorosamente, se aparta mucho de las teorías norteamericanas, y señala lo que este hecho implica para la psicoterapia. Critica especialmente el principio de la homeostasis, por lo que sugiere que la personalidad es un sistema semicerrado.⁴⁴ Contribuir a la adaptación interna de los neuróticos, o suponer que éstos recuperarán la salud reorganizando sus recuerdos, sus defensas o sus reflejos condicionados, suele ser contraproducente. En muchos casos de neurosis sólo puede resolver el problema la penetración total en una nueva perspectiva.

La psicología hindú y la logoterapia no le quitan valor al papel que desempeñan en la personalidad el placer y el éxito. Tampoco abandona Frankl los beneficios logrados con tanto esfuerzo por el psicoanálisis y la teoría de la necesidad. Dice solamente que al estudiar o tratar a una persona solemos hallar insuficientes esas formulaciones esencialmente homeostáticas. Los hombres quieren conocer los cómo y los

⁴³ V. E. Frankl. *From death camp to existentialism*. Boston. Beacon. 1959.

porqué. Ningún otro organismo biológico lo hace; el hombre es el único que posee ese grado de llaneza, superior al de cualquier otro organismo viviente.

Tercer criterio

Volviendo a nuestro argumento principal, encontramos una serie nada reducida de teorías que destacan la tendencia de la personalidad humana a sobrepasar las situaciones estables y a tratar empeñosamente de aumentar y completar el orden interno, aun a costa de un considerable desequilibrio.

No puedo examinarlas todas ni nombrar a todos los autores correspondientes. Se podría comenzar con el sentimiento proactivo de autoconsideración de Mc Dougall, que según él organiza la conducta mediante una especie de Memoria adelantada (para usar la acertada expresión de Gooddy).⁴⁵ No es muy distinta la importancia que Combs y Snyg dan al acrecentamiento del campo de los fenómenos. Podríamos agregar la concepción de Goldstein de la propia actualización que tiende a mejorar el orden en la personalidad, y también la teoría de Maslow sobre los motivos de crecimiento que complementan los motivos de la imperfección. Nos viene a la memoria el principio de individualización de Jung, que conduce a la conquista del yo, objetivo jamás alcanzado. Algunas teorías, como las de Bartlett y Cantrill, atribuyen la mayor importancia a la "búsqueda del

⁴⁴ V. E. Frankl, Das hom6statische Prinzip und die- dynamische Psychologie. Z. Psychoth. Med. Psychol.. 1959. 9, 41-47.

sentido". Se incluyen en estas orientaciones ciertas modificaciones de la psicología postfreudiana del ego⁴⁶, como también el existencialismo, que reconoce la necesidad del sentido y de los valores de la realización. (El neurocirujano Harvey Cushing se refería a los sistemas abiertos cuando dijo: La única manera de sobrellevar la vida es proponerse terminar algo). Debemos agregar, desde luego, la reciente defensa de Woodworth de la teoría sobre la "supremacía de la conducta", opuesta a la teoría de la "necesidad", el apoyo de Robert White a la "Competencia" y la "búsqueda de la identidad" de Erikson.

Estas teorías no son de ningún modo idénticas. Presentan diferencias que merecen una extensa discusión. Las reúno aquí simplemente porque me parece que todas ellas admiten el tercer criterio de los sistemas abiertos, es decir, la tendencia de esos sistemas a perfeccionar su ordenación y llegar a ser algo más de lo que son ahora.

Todos conocemos las objeciones que se oponen a esta clase de teorías. Los metodólogos aficionados a los sistemas diminutos y fraccionados aducen que no presentan "proposiciones que se pueden probar".⁴⁷ La queja es valiosa porque incita a agudizar el ingenio en las investigaciones; pero es desacertada en su exigencia de que volvamos a los sistemas semicerrados sólo porque son más "investigables" y más

⁴⁵ W. Goody, Tino directions of memory. J. Indiv. Psychol., 1959, 15, 83-88.

⁴⁶ Pumpian-Mindlin (op, cit., p. 1051) escribe "the focus of clinical psychoanalysis on ego psychology is a direct result of the change from a closed system to an open one".

⁴⁷ Cf. P. B. Roby, "An opinion on the construction of behavior theorie", Amer. Psychologist, 1959, 14; 127-34

elegantes. Nosotros debemos estudiar lo que es, y lo que presenta una conveniencia inmediata.

Cuarto criterio

Veamos ahora nuestro cuarto y último criterio. Todas las teorías que nombré hasta ahora conciben virtualmente a la personalidad como algo intrategumental, algo que reside dentro de la piel. Hay teóricos (Kurt Lewin, Martín Buber, Gardnes Murphy y otros) que rechazan este criterio, juzgándolo demasiado cerrado. Murphy dice que damos excesiva importancia a la separación del hombre del contenido de su vida. Hebb considera que los experimentos sobre la privación sensorial demuestran la constante dependencia en que se encuentra la estabilidad interna del flujo de los estímulos del medio.⁴⁸ Sería interesante descubrir por qué el pensamiento occidental establece una distinción tan pronunciada entre la persona y todas las cosas restantes. Probablemente haya un factor inicial en la importancia personalística que se encuentra en la religión judeocristiana; y como dice Murphy,⁴⁹ las revoluciones industrial y comercial acentuaron el papel del individuo. En cambio la filosofía budista considera que el individuo, la sociedad y la naturaleza forman el trípode de la existencia humana. El individuo no sobresale como un dedo pelado; se combina con la naturaleza y se funde con

⁴⁸ D. O. Hebb, The mammal and his environment. Amer. J. Psychiat., 1955, 111, 826-31. Reproducido en E. E. Maccoby, T. M. Newcomb, E. L. Hartley (edit.) Readings in social psychology. Nueva York. Holt, 1958, págs. 335-41

⁴⁹ G. Murphy, Human potentialities. Nueva York, Basic Books, 1958, pág. 297.

la sociedad. Sólo se puede estudiar provechosamente la combinación.

La mayoría de los teorizantes occidentales apoyan la interte9umentación del sistema de la personalidad. Yo también la sostengo. Otros, que rechazan el planteo del yo frente al mundo, emitieron teorías de la personalidad formuladas sobre la interacción social, las relaciones de la función, las situaciones y ciertas variaciones de la teoría del campo. Otros autores, como Talcott Parsons⁵⁰ y F. H. Allport⁵¹ admiten la validez tanto del sistema de la personalidad intertegumental como de los sistemas de la interacción social; esforzándose por armonizar ambas formas.

Este problema es indudablemente el más intrincado de la ciencia social contemporánea. Es el que nos ha impedido hasta la fecha llegar a un acuerdo sobre la forma más apropiada para conciliar la ciencia psicológica con la sociocultural.

En este asunto mi posición está en el lado conservador. Creo que el deber de la psicología es el de estudiar el sistema de la persona, es decir, las actitudes, las capacidades, los rasgos, las tendencias, los motivos y la patología del individuo, su forma de conocer, sus sentimientos y su naturaleza moral individual, con sus relaciones recíprocas. Dos puntos lo justifican: 1. Hay un sistema temporal de la persona, persistente aunque variable, delimitado claramente por el nacimiento y la muerte; 2. Tenemos del funcionamiento de este sistema un conocimiento inmediato. Aunque imperfecto, es un co-

⁵⁰ T. Parsons. The social system. Glencoe. Ill. The Free Press, 1951.

nocimiento directo, mientras que el conocimiento de los restantes sistemas exteriores, incluso el de las organizaciones sociales, nos llega desviado y a veces deformado por su necesario proceso de entrada en nuestra apercepción.

Nuestra obra es, al mismo tiempo, incompleta, si no admitimos que todas las personas poseen una esfera de capacidades, actitudes y motivos, evocadas por los diferentes medios y situaciones en que cada persona se encuentra. Por eso debemos comprender las constelaciones y las tradiciones culturales, de clase y familiares, para conocer los esquemas que la persona haya introducido en su interior en el transcurso de su aprendizaje. Pero me apresuro a advertir que el estudio de los sistemas culturales, de clase y familiares o de cualquier otro sistema social no esclarece automáticamente el sistema de la persona, porque es preciso saber si el individuo acepta esos sistemas sociales, si los rechaza o si le son indiferentes. El hecho de que uno desempeñe el papel, por ejemplo, de maestro, o de vendedor, o de padre tiene menos importancia para el estudio de su personalidad que el detalle de si le agrada el papel o le disgusta, y la forma en que lo define. Pero si no somos estudiantes de sistemas socioculturales no podemos saber lo que es una persona que acepta, rechaza o vuelve a definir.

La solución provisional que yo propondría es la siguiente: La preparación en las ciencias sociales del teórico de la personalidad debe permitirle encontrar la conducta de un individuo adecuada a cualquier sistema de interacción; es

⁵¹ F. H. Allport, *Theories of personality and the concept of structure*. Nueva York. Wiley. 1955.

decir, debe ser capaz de situar convenientemente esa conducta dentro de la civilización en la que ocurre, dentro del contenido de su ambiente, en función de la teoría del papel o la teoría del campo. Al mismo tiempo no debe perder de vista -como hacen algunos teóricos- que todos esos actos compuestos tienen una norma interna y subjetiva. El viajero que va de una civilización a otra, de un ambiente a otro, no deja de ser un ser individual; y dentro de él hallaremos el nexo, el modelado, de las diversas experiencias e integrantes que componen su personalidad.

De este modo, yo no llegaría hasta el extremo de propugnar que se defina la personalidad por la interacción, la civilización o las funciones. Este intento equivaldría, a mi juicio, a emborronar el concepto de la personalidad y representaría la renuncia del psicólogo a su papel especial de hombre de ciencia. Que conozcan los psicólogos los sistemas de interacción, pero que vuelvan siempre al punto, en el ser individual, donde esos sistemas convergen, se cortan y se modelan.

Por eso aceptamos el cuarto criterio (de transacción) del sistema abierto, pero con la firme advertencia que no debe ser aplicado con tanto entusiasmo que se pierda totalmente el sistema de la personalidad.

Teoría de los sistemas generales

Hay quien encuentra esperanzas para la unificación de la ciencia en lo que James Miller denominó teoría de los siste-

mas generales de conducta.⁵² Este enfoque busca establecer identidades formales entre los sistemas físicos, la célula, el órgano, la personalidad, los pequeños grupos, las especies y la sociedad. Los críticos -como Buck.-⁵³ aducen que eso es buscar débiles analogías, que identidades formales probablemente no existen y que la tentativa de expresar analogías con modelos matemáticos produce únicamente vagas generalidades. A mi juicio el intento de unificar la ciencia de este modo presenta el peligro de un inevitable acercamiento desde abajo, es decir, en expresiones de las ciencias físicas y biológicas. Los sistemas cerrados o sólo parcialmente abiertos pasan a ser nuestros modelos, y si no tenemos cuidado, la personalidad humana cae prisionera con toda su plenitud de algún paraíso autista de metodología.

La teoría de los sistemas generales tiene otro defecto, además de descuidar los criterios de la organización perfeccionada y la transacción. La persona humana es, después de todo, la que observa e interpreta los sistemas. Este hecho embarazoso acosó recientemente a P. W. Bridgman, el fundador del movimiento operativo.⁵⁴ ¿Podemos nosotros, como hombres de ciencia, vivir subjetivamente dentro de nuestro sistema y al mismo tiempo concebir a su respecto una noción objetiva válida?

Hace varios años Elkin publicó el caso de "Harry Holzer" e invitó a treinta y nueve especialistas a exponer sus

⁵² J. G. Miller, Toward a general theory for the behavioral sciences. *Amer. Psychologist*, 1955, 10, 513-31.

⁵³ R. C. Buck, On the logic of general behavior systems theory. En H. Peigl y M. Scriven (edit.), *Illnessota studies in the philosophy of science*, tomo I, 1956.

⁵⁴ Op, cit.

opiniones.⁵⁵ Como era de esperar, hubo muchas opiniones diferentes. Ningún teórico logró despojarse completamente de sus preconceptos. Todos interpretaron el sistema objetivo en función de lo subjetivo. Nuestras teorías de la personalidad -todas ellas- reflejan el temperamento del autor tan completamente como la personalidad de otro.

Este lamentable espectro de la contaminación del observador no debe desalentar nuestra búsqueda de una teoría objetivamente válida. La verdad, dijo el filósofo Charles Pierce, es la opinión destinada a ser finalmente compartida por todos los que investigan. Yo sostengo que la opinión destinada a ser finalmente compartida por todos los que investigan no se formará mediante la aplicación prematura de una teoría de sistemas generales ni mediante la consagración a ninguna teoría parcialmente cerrada. Las teorías de los sistemas abiertos son más promisorias, aunque actualmente no concuerdan entre sí. Pero creo y espero que algún día estableceremos en alguna parte una teoría de la naturaleza de la personalidad que aceptarán todos los sabios que investigan, incluso los psicólogos.

Algunos ejemplos

Entretanto sugiero que las agudas controversias sobre la teoría de la personalidad las consideremos derivadas de los criterios opuestos, el semicerrado y el totalmente abierto.

⁵⁵ F. Elkin, Specialists infer the case of Harry Hoher. J. 116nonn. Sec. Psychol., 1947, 42, 99-111.

A1 principio del refuerzo, para tomar un ejemplo, se le adjudica generalmente el papel del cemento que introduce la reacción, la cola que fija la personalidad en el nivel de los hechos pasados. La interpretación del sistema abierto es muy distinta. Feigl dice que el refuerzo actúa primordialmente en perspectiva.⁵⁶ Es por el reconocimiento de las consecuencias (y no por las consecuencias mismas) por lo que el individuo humano enlaza el pasado con el futuro y resuelve eludir castigos y buscar recompensas en circunstancias similares; desde luego, siempre que convenga a sus intereses y valores. Aquí ya no suponemos que el refuerzo introduce; es uno de los muchos factores que deben ser considerados en el planeamiento de la acción futura.⁵⁷ Es muy distinto considerar a la personalidad como un sistema semicerrado o un sistema abierto.

El problema tiene su semejanza en la neurofisiología. ¿Hasta qué punto es abierto el sistema nervioso? Sabemos que es enormemente complejo, tanto que de su complejidad sólo tenemos una pálida idea. Pero hay algo de lo que estamos seguros, y es que el gating de alto nivel controla y conduce los procesos de nivel inferior. Aunque no podemos decir con exactitud a qué llamamos altos niveles, no nos cabe duda que contienen esquemas de ideación, intenciones y tendencias genéricas de la personalidad. No son simplemente instrumentos de reacción sino de planeamiento. Podemos esperar confiados en que más adelante la

⁵⁶ H. Feigl, Philosophical embarrassments of psychology. *Amer. Psychologist*, 1959, 14, 117.

⁵⁷ W. Allport, Effect: a secondary principle of learning. *Psychol. Rev.*, 1946, 53, 335-47.

neurofisiología del planeamiento y la psicología de la proacción marcharán juntas. Entretanto nos conviene emplear superficialmente nuestras concluyentes metáforas de la cochinilla, el tablero eléctrico, el calculador gigante y la bomba hidráulica.

Para terminar, un ejemplo de la teoría de los motivos. Hace varios años afirmé que los motivos se pueden independizar funcionalmente de su origen. (Y uno vive para lamentar sus apresuramientos.)

A pesar de sus defectos, el concepto de la autonomía funcional logra presentar a la personalidad como un sistema abierto y cambiante. Como era de esperar, los críticos son principalmente los que prefieren considerar que la personalidad es un sistema semicerrado. Algunos de ellos dicen que sólo me ocupo en casos accidentales en los que no se ha producido la extinción de un sistema de hábitos. Estos juicios cometen una petición de principio, porque se trata de saber por qué no se extinguen ciertos sistemas de hábitos cuando dejan de ser reforzados; y por qué ciertos sistemas de hábitos que fueron eficaces se transforman en intereses y valores cuando hay algún motivo que los impulse.

El argumento que se opone habitualmente es que el "refuerzo secundario" mantiene milagrosamente todos los deseos centrales de las personas adultas. El fervor científico de Pasteur, la devoción político-religiosa de Gandhi y la consagración de la tía Sally a sus trabajos de costura se explican por los hipotéticos condicionamientos cruzados que reemplazan los refuerzos primarios de los impulsos principales. Lo que interesa a nuestros propósitos es que esos críticos

prefieren el concepto del refuerzo secundario no porque sea más claro, sino porque nos mantiene las ideas dentro del marco del sistema semicerrado (reactivo).

No es éste el momento de discutir el punto, pero puedo por lo menos dar una idea de mi criterio actual. Diré en primer término que el concepto de la autonomía funcional conviene incluso para los sistemas semicerrados. Se ven ahora tantas indicaciones de mecanismos de feed-back, autoestimulación cortical, sistemas de autoorganización y otros similares⁵⁸ que ya no se puede negar la existencia de mecanismos de circuito de mantenimiento autónomo, los que podríamos reunir con el título de autonomía funcional perseverante.

Pero la importancia principal del concepto es de otra índole y ofrece la hipótesis de que la personalidad es un sistema totalmente abierto que va buscando progresivamente nuevos niveles de orden y transacción. Los motivos instintivos se mantienen invariables durante toda la vida; los motivos existenciales, no. Está en la misma característica de los sistemas abiertos lograr niveles progresivos de orden mediante los cambios introducidos en la estructura de los conocimientos y de los motivos. Como en este caso la causalidad es sistemática, no podríamos explicar la autonomía funcional en función de los refuerzos específicos. Yo llamaría a esta situación autonomía funcional propia.

⁵⁸ Cf. D. O. Hebb, *The organization of behavior*. Nueva York, Wiley, 1949. J. Ods y P. Milner, Positive reinforcement produced by electrical stimulation of septal area and other regions of rat brain, *J. Comp. Physiol. Psychol.*, 1954, 47, 419-27. H. T. Chang, The repetitive discharge of cortico-thalamic reverberating circuit. *J. Neurophysiol.*, 1950, 13. 235-57.

Tanto la autonomía perseverante como la propia son conceptos indispensables. La una se aplica a los sistemas parciales relativamente cerrados de la personalidad; la otra corresponde a la estructura continuamente evolutiva del conjunto. Un último ejemplo. Los sistemas semicerrados se caracterizan por tener una actitud firmemente nomotética; buscan similitudes entre los sistemas de la personalidad, o, como en la teoría sobre los sistemas de la conducta, entre todos los sistemas. Pero si optamos por el criterio de los sistemas abiertos nos encontramos empujados hacia la postura ideográfica. Porque entonces el problema vital es éste: ¿Qué es lo que mantiene unido el sistema en una persona cualquiera?⁵⁹ Repitamos la pregunta, porque es la que más me acosó durante muchos años. ¿Qué es lo que determina la coherencia del sistema en una persona cualquiera? Los teóricos de los sistemas abiertos reconocerán que este problema, que ha sido relativamente descuidado, es fundamental y urgente, aunque lo hayan disminuido y eludido los que prefieren sus sistemas semicerrados.

Palabras finales

Si este ensayo ha resultado polémico, lo único que puedo alegar es que la teoría de la personalidad vive de controversia. En los Estados Unidos tenemos la suerte de que ningún partidismo nos trabe las especulaciones. Tenemos el

⁵⁹ Cf. J. G. Taylor. Experimental design: a cloak for intellectual sterility. Brit. J. Psychol.. 1958. 49. 106-16.

libre derecho a seguir cualquier teoría relativa a la naturaleza del hombre. Nuestro castigo es que por ahora la teoría de la personalidad no sea acumulativa, aunque, por suerte, lo es la investigación de la personalidad.

Las teorías derivan idealmente de los axiomas, y cuando no hay axiomas (como en nuestro campo), de las hipótesis. Pero nuestras hipótesis sobre la naturaleza del hombre van de la adleriana a la zilborgiana, de la lockeana a la leibnitzianna, de la freudiana a la hulliana, de la cibernética a la existencialista. Entre nosotros, unos toman como modelo del hombre a la paloma; otros ven múltiples esplendores en su capacidad. Y no se advierten signos de acuerdo en perspectiva.

El principio del complemento de Nils Bohr contiene una lección para nosotros. Bohr nos demuestra que cuando estudiamos la posición de una partícula no estudiamos al mismo tiempo su impulso. Aplicado a nuestra obra, el principio nos dice que cuando enfocamos la reacción no estudiamos al mismo tiempo la proacción; cuando medimos un rasgo no prestamos atención al esquema; cuando examinamos un subsistema, perdemos de vista el conjunto; cuando perseguimos el conjunto, pasamos por alto el funcionamiento de las partes. El investigador que trabaja solo no puede salir de esta limitación. Sólo nos queda la esperanza de dominarla mediante la complementación de investigadores y teorizantes.

Aunque soy partidario del sistema abierto, no cierro ninguna puerta. (Cuento entre mis mejores amigos a varios defensores de los sistemas semicerrados.) Abogo por el sis-

¿ QUÉ ES LA PERSONALIDAD ?

tema abierto, pero más aún por el razonamiento abierto. Reservamos nuestra condenación para esta peculiar esclavitud de la moda que dice que basta el convencionalismo para la respetabilidad científica. Todavía pueden enseñarnos muchas cosas nuestros tanteos creadores del sistema abierto. Con fío en que haya muchos aventureros entre nuestros estudiantes.

LOS MODELOS CIENTIFICOS Y LA MORAL HUMANA

Este capítulo, como el anterior, se basa en una plática pronunciada en setiembre de 1946, como discurso presidencial, en la primera asamblea anual de la sección Personalidad y Psicología Social, de la Asociación Norteamericana de Psicología. Se publicó en la *Psychological Review*, en 1947.

El ensayo expresa la disconformidad del disertante con las metáforas radicales empleadas en la descripción de la naturaleza humana. Sostiene que los sistemas teóricos requieren conceptos que reflejan la naturaleza básica de la conducta, que tiene finalidad y propósito. Los modelos que están actualmente de moda -derivados de los animales, los niños y las máquinas- hacen resaltar el aspecto puramente reactivo de la personalidad, obstaculizando los esfuerzos que hace el psicólogo por comprender y mejorar el destino humano.

La formación de la sección Personalidad y Psicología Social revela nuestra determinación de asumir ciertas respon-

sabilidades. Anunciamos que como hombres de ciencia creemos que es nuestro deber contribuir a la interpretación y corrección de las dislocaciones que sufre nuestra sociedad.

La capacidad que demos para aportar una importante cooperación al diagnóstico y tratamiento de la principal enfermedad de nuestra época, será la prueba de que tenemos aptitud para existir y prosperar. La enfermedad a la que me refiero no es la guerra, porque la guerra moderna no es más que el síntoma de un estado morbosos fundamental; no es la inminente partición de un mundo en dos, por siniestra que sea la amenaza; ni es nuestra aparente incapacidad de fiscalizar para nuestra seguridad y provecho la transformación de la materia en energía atómica, aunque también tengamos esta crisis colgando sobre nuestras cabezas. Hablo más bien del mal básico, de la incapacidad en que se halla el sentido moral del hombre para asimilar su tecnología.

Hemos sido alcanzados por la guerra tecnológica, la desocupación tecnológica y la era atómica, los tres productos de la ciencia física; pero las ciencias mental y moral no han logrado realizar adelantos similares, apaciguando las rivalidades y ansiedades provocadas por la tecnología, creando métodos de control social y perfeccionando la cooperación y la solidaridad humanas. Me animo a señalar que es precisamente nuestra joven ciencia la que no ha sabido ponerse a tono con las necesidades de la época.

Los funcionarios públicos buscan urgentemente la ayuda de los psicólogos. Muchos de los que hemos sido solicitados nos vimos desconcertados por la escasez de los

descubrimientos científicos, y hasta de los conceptos útiles y de problemas bien formulados que podía ofrecer la psicología dentro de los tipos buscados. Nos pedían nuestra colaboración inmediata para determinar el origen y el estado del sentido moral humano, con el objeto de ampliarlo y enfocarlo. Nos pedían la ayuda de una ciencia de relaciones humanas, cuyo apoyo reclamó también Franklin D. Roosevelt en su último discurso.⁶⁰ Pero aunque revisemos minuciosamente el archivo de los abstractos psicológicos hallaremos muy pocas cosas que tengan alguna influencia para el mejoramiento de las relaciones humanas en escala internacional.

¿Por qué podemos ofrecer tan poco? ¿Porque somos jóvenes? ¿O es que empezamos mal, adoptando metáforas radicales que más que acercarse se alejan del problema? Tres generaciones antes la psicología se clasificaba habitualmente como ciencia moral. Aunque no apoyemos el aura del término, ¿qué otra ciencia más que una ciencia de la conducta moral es la indicada para descubrir las condiciones que pueden equilibrar el desenfreno de la tecnología?

Considerando la situación, observo que muchos de nosotros, estupefactos de admiración por la física, creemos que la psicología para triunfar, no tiene más que imitar los modelos, postulados, métodos y lenguaje de la física. Si alguien observa que actualmente los modelos mecánicos no sirven para predecir ni la forma más superficial de la conducta humana, nos sentimos inclinados a replicar: Aguarde, si es pre-

⁶⁰ Nos vemos hoy ante el hecho primordial de que la civilización sólo podrá sobrevivir si cultivamos la ciencia de las relaciones humanas, la capacidad de todos los pueblos, de todas las clases, de vivir juntos y trabajar juntos en paz, en el mismo mundo.

ciso, mil años, y comprobará que el hombre es un automata y que sus funciones mentales se pueden componer tan bien como ahora componemos la sal de mesa, la quinina o un calculador gigante. Desdeñamos con razón lo que uno de nosotros llamó "el escamoteo subjetivo, antropomorfo del mentalismo",⁶¹ pero consideraríamos sentimental y místico al colega que se aventurara a hablar de "foco objetivo, mecanomorfo del fisicalismo".

Progresemos gradualmente, decimos. 1Vlante-niéndonos en las operaciones periféricas, visibles, algún día podremos encarar los complejos problemas de los motivos, y encontrarnos a poca distancia de las angustias que afligen a la humanidad. Esperamos que esas angustias continúen durante mil años, hasta que estemos en condiciones de hacerles frente, y que entretanto se permita a la ciencia libre moverse pausada y tranquilamente. Pero dudo de que ni aun en estas condiciones improbables respaldemos el plan de paciencia o las premisas que le sirven de base.

Además del modelo mecánico hay otros dos paradigmas populares en psicología que son apenas un poco menos ineptos para orientar una investigación importante o una teoría sobre los fundamentos de la moral social. Me refiero al modelo filogenético y a la mentalidad infantil. Aunque ambos modelos introdujeron durante las dos últimas generaciones en nuestra obra nuevos conocimientos y rectificaciones, no resultaron adecuados para las necesidades de la psicología clínica, personal y social.

⁶¹ E. G. Boring, *Mind and Mechanism*, Amer. J. Psychol., 1946. 54, 173-92.

Cuando alguno de nosotros emprende una investigación, adopta inevitablemente, de acuerdo con sus preferencias, alguno de los modelos fundamentales de los que pueden disponer los psicólogos. Mi tesis es que ahora más que nunca debemos comprobar si nuestro modelo preferido sirve para hacer descubrimientos que tengan verdadera relación con la naturaleza moral y los males sociales.

Expectativa e intención

El modelo mecánico en psicología no se originó en la experiencia clínica o social, sino más bien en la adulación del buen éxito tecnológico de la física.

Si mi interpretación es exacta, la psicología norteamericana adoptó naturalmente los modelos mecánicos porque nuestra civilización siempre fue activa y técnica. En términos generales, la nuestra es una psicología motorizada y sólo ahora está ampliando su concepto de acción para incluir la participación del organismo humano, con intervención del ego, en los hechos que influyan en su destino. La posición extrema más reciente, representada por E. B. Holt y J. B. Watson, sostiene que la personalidad es esencialmente una batería de mecanismos con descarga de gatillo. Este criterio presta poca atención al esfuerzo de orientación continua que caracteriza a la conducta moral, y al que en este ensayo llamaré intención.

El modelo del gatillo, que algunos siguen prefiriendo, fue dejando gradualmente su sitio a una conducta más intencionada. El concepto de la "expectativa del signo Gestalt"

fue creado por Tolman y abreviado misericordiosamente con la palabra "expectativa" por Hilgard-Marquis.⁶² Es interesante observar que estos autores parecen considerar que el principio de la expectativa es la más intencional de las teorías esencialmente mecánicas derivadas de los múltiples experimentos realizados con los reflejos condicionados.⁶³

En otras palabras, algunas versiones del principio de la expectativa llegan hasta donde lo han hecho muchos psicólogos con sus ideas sobre la naturaleza de la conducta personal y social.

El principio sostiene que en presencia de ciertos signos el organismo cree que si sigue la conducta acostumbrada aparecerá una finalidad determinada. Cuando alcanza esa finalidad, se confirma la expectativa; de lo contrario el organismo cambia de conducta.⁶⁴ Aunque acepte la importancia de la actitud, el principio está encaminado esencialmente hacia el estímulo. Nos conducimos de acuerdo con los indicios que hemos visto, de acuerdo con nuestras esperanzas.

Para no complicar mi exposición me abstendré de considerar la ley del efecto, la cual, sería fácil demostrarlo, también atribuye totalmente la conducta a la experiencia anterior, a los indicios conocidos y a los refuerzos mecánicos.⁶⁵ A mi entender ninguno de los dos principios acuerda nada alas intenciones de la naturaleza moral del hombre no recompensadas ni interpretadas, pero persistentes.

⁶² E. R. Hilgard y D. G. Marquis, *Coaditioning and learning*. Nueva York, Appleton-Century, 1940.

⁶³ *Idem*, pág. 101.

⁶⁴ *Idem*, pág. 88

⁶⁵ G. W. Allport, *Effect: a secondary principle of learning*, *Psychol. Rev.*, 1946. 54. 335-47.

Estos conceptos que están actualmente de moda y que han sido trazados sobre el modelo filogenético, tienen el defecto de que sirven muy bien para la conducta animal, de la que derivan, pero sólo tienen una limitada o remota relación analógica con las actividades de los seres humanos. Podemos conocer las esperanzas que alienta", una persona, y aun sus pasadas satisfacciones; pero somos incapaces de predecir o fiscalizar su conducta futura si no conocemos sus intenciones básicas, que no son de ningún modo un calco de sus esperanzas y satisfacciones anteriores.

Veamos un ejemplo; las figuras significativas (sign-Gestalt) indican actualmente que es razonable pensar en que habrá nuevas crisis en nuestras relaciones con Rusia. ¿Este hecho nos dice acaso qué podemos hacer al respecto, o qué debemos hacer, o qué haremos? Esta zona precisa de conflicto es nueva (como todas las situaciones importantes). El mejor fundamento que poseemos para la predicción se encuentra en nuestras intenciones nacionales y personales con respecto a Rusia. El problema actual no está en nuestra expectativa, sino en nuestros propósitos.

Consciente, quizá, de la insuficiencia del principio de la expectativa, Tolman nos aconseja que adoptemos una "psicología de catexis de necesidad". Pero la situación resultó paralela. La psicología de catexis de necesidad - simplificando, desde luego- sostiene fundamentalmente que un puñado de impulsos psicológicos se adhiere a tal o cual objeto El hombre "bien criado", como dice Tolman con su léxico simpático, introduce su impulsión en un engranaje

socialmente aceptable.⁶⁶ El hombre "mal criado" no. Pero lo que impresiona en los motivos humanos es que muchas veces los sucesos o aspiraciones no entran en ningún engranaje. Se tienden ansiosamente hacia el futuro como la punta de una haba rastrera, buscando a tientas un objetivo del que no saben nada.

El embarazo en que se encuentra la psicología del tipo de catexis de necesidad se refleja en el lenguaje de justificación que emplea cuando se refiere a este aspecto expansivo de los motivos humanos. Habituada a trabajar con animales o con infantes, la psicología de catexis de necesidad denomina a las intenciones humanas de los adultos impulsos secundarios, impulsos derivados o conversiones de impulsos. Con estos conceptos desvalorizantes tanto los psicólogos mecanicistas como los filogenéticos tratan de desprenderse de esos deseos y aspiraciones moralmente pertinentes que son tan distintos de las excursiones movidas por impulsos de los cómo dos autómatas o los cómodos roedores.⁶⁷

⁶⁶ E. C. Tolman, "A stimulus-expectancy need cathexis psychology", *Science*, 1945. 201: 160-66.

⁶⁷ Es interesante leer las peroraciones presidenciales de dos psicólogos, uno de los cuales prefiere el modelo de las máquinas y el otro el modelo de las ratas. Aunque joviales y ocurrentes, ambos autores reconocen cándidamente sus motivos evasores. Digamos, imitando la pulla de Carlson sobre la teoría de las emociones de Cannon: los autores mantienen sus modelos porque los modelos los mantienen a ellos.

"Creo que el concepto del autómata contribuye a la precisión del razonamiento psicológico, y continuará prestándole su contribución hasta que la psicofisiología haya adelantado tanto que las imágenes no sean más que un hecho neutral, y la constancia objetiva sea evidentemente algo que ocurre en el cerebro. Estamos todavía muy lejos de ese momento; entretanto prefiero estar cómodamente con mi autómata, apretándole la mano y emocionándome -con la emoción del hombre de ciencia- cuando me contesta el apretón." (E. G. Boring, op. cit., pág. 192).

La objeción que opongo al paradigma animal para la personalidad y la psicología social no se basa tanto en la falta de cultura de los animales -lo que Tolman reconoce al principio de su chispeante disertación y luego amablemente reprime-, sino porque sólo hay una leve similitud entre la estructura de los motivos del hombre y la que corresponde a los animales inferiores. En este aspecto, lo mismo que en el desarrollo evolutivo del cerebro, el hombre, como dijo Julián Huxley, está solo.⁶⁸ Se puede demostrar que los animales son seres de expectativa de estímulo y de catexis de necesidad. El hombre, en todo lo que es distintivo de su especie, es una criatura de intenciones. Podemos dudar de que la ecuación básica de la moralidad intencional, o del aprendizaje intencional, se pueda formular estudiando organismos que carecen de símbolos de proporciones. Sobre este punto volveré.

En esta expresión de mi disconformidad con los modelos que están en boga, voy a exponer mi desagrado final, esta vez por los rígidos moldes ontogénicos derivados del freudismo. Aunque parezca extraño, Freud se parece a los psicólogos mecánicos y filogenéticos por su deseo de empotrar su doctrina de los motivos en la neuroanatomía. Supongo que ése es su deseo porque se niega a ver en las

"Observemos, cerrando la peroración, que las ratas viven en jaulas; no salen a emborracharse la noche anterior al experimento que hemos proyectado; no se matan guerreando; no inventan máquinas de destrucción, y si lo hicieran no serían tan torpes para controlarlas; no promueven conflictos de clase ni de raza; rehúyen la política, la economía, y los artículos psicológicos. Son maravillas, puras y encantadoras. En cuanto pueda volveré a encaramarme sobre la vieja y simpática rama filogenética y allí me quedaré, esta vez erguido y sin avergonzarme, dando higas a todas las estúpidas y al mismo tiempo demasiado complicadas variedades del homo sapiens, a las que veré allí abajo, a mis pies, contoneándose, peleando y revolviéndolo todo." (E. C. Tolman, op. cit., pág. 166).

actividades cooperativas, sociales, asociativas de la humanidad nada que no sea sexualidad de obtención inhibida. Al instinto sexual le agrega principalmente los impulsos de agresión, destrucción y muerte. Parece evidente que el freudismo, aunque lo hayan adoptado con entusiasmo muchos de los que encontraron insuficientes los modelos mecánicos y animales, ofrece una base igualmente escasa para un estudio provechoso de la conducta moral humana.

Su mayor inconveniente es la excesiva importancia que adjudica a la experiencia infantil. Quieren convencernos de que en la época en que a un individuo le cambian por última vez el pañal ya están establecidos los rasgos esenciales de su carácter. Hasta Suttie, que postula como fundamento de la moralidad un original y amplio instinto de ternura, afecto y simbiosis social, cree que su destino se marca de acuerdo con la forma en que la madre encara ese impulso de asociación antes y después del destete.⁶⁹ Si la paz del mundo dependiera hasta ese punto de la fijación infantil, sería mejor que disolviéramos esta Sección y nos inscribiéramos como amas de cría de los llorosos ciudadanos del mañana.

El concepto de intención, que opongo a la reactividad, la expectativa y la fijación infantil, no tiene una concordancia inmediata con la psicología norteamericana. No obstante, su adopción, en una u otra forma, es necesaria. Elegí con premeditada `malicia el término intención -condimentado como está con un provocativo sabor a mentalismo- para denotar los aspectos del pensamiento y de los motivos que desempe-

⁶⁸ J. Huxley, *Man stands done*. Nueva York y Londres, Harper, 1941.

⁶⁹ I. D. Suttie, *The origins of love and hate*. Londres. Kegan Paul, 1935.

ñan un papel principal, pero ahora descuidado, en la conducta moral, compleja y asociativa, de los hombres. Creo que son precisamente los mundos particulares de los deseos, las aspiraciones y las conciencias los que deben ser estudiados para lograr buen éxito en la obra de la ingeniería social.

Pero al emplear el término intención no definiendo subrepticamente la fenomenología, aunque para comprender mejor las sutilezas de las intenciones humanas nos convendría imitar el refinamiento de su método descriptivo.⁷⁰ Tampoco abogo por la resurrección de Brentano, aunque hayamos descuidado indebidamente la proposición central de la psicología del acto, según la cual siempre hay, en todo momento, una intención que dirige la mente del hombre, el amor, el odio, la comparación, la comprensión, el deseo, el rechazo, el plan o algún otro acto mental semejante.

Vamos a definir la intención simplemente como aquello que el individuo traía de hacer. Aunque esta definición parezca ingenua, es en realidad el producto de decenios de luchas sofisticadas sostenidas con los problemas de los motivos humanos. El concepto enfoca influencias tan diversas como las de Brentano, Darwin, Freud, Cannon y Wertheimer. En esencia suprime la distinción categórica, expresada tanto por Kant como por Schopenhauer, entre el deseo (o

⁷⁰ Un ejemplo excelente es el análisis de Bertocci del sentido de obligación moral del hombre (P. Bertocci, A reinterpretation of moral obligation. *Phil. Phenomenal. Res.*, 1945, 6, 270-83). Demuestra que cuando hacemos un estudio fenomenológico de la conciencia deber descubrimos la total diferencia que la separa de la conciencia obligación. Este descubrimiento despierta la justificada sospecha de que la conciencia, sea lo que fuere, no deriva simplemente del miedo al castigo o de la coerción social. Los psicólogos aceptaron con demasiado poca cautela la identificación freudiana del super-yo con la amenaza del castigo paterno.

impulso) por un lado y el intelecto por el otro. Los modelos de la máquina, la rata y el infante que hemos estado siguiendo (aunque estoy seguro de que ellos se sentirían sorprendidos y lastimados si lo supieran) conservan la irreconciliable dicotomía kantiana. Están más de acuerdo con Schopenhauer en cuanto considera que las funciones del intelecto son exclusivamente instrumentos secundarios. Sin olvidar ni por un instante lo que hemos aprendido sobre la racionalización y sobre el poco crédito que merecen los informes introspectivos sobre los motivos, podemos afirmar que la oposición de los motivos y el proceso del pensamiento ha ido demasiado lejos. El individuo trata generalmente de hacer algo, con la cooperación de sus necesidades y sus planes. En lugar de estar en extremos opuestos, su emoción y su razón se encauzan en un mismo esfuerzo. Yo llamo a la dirección de este esfuerzo intención, y ofrezco el concepto como un perfeccionamiento de las unilaterales doctrinas irracionalistas del impulso, la necesidad, el instinto y la catexis.

Por deferencia a los descubrimientos del psicoanálisis, admitimos de buen grado que no siempre sabe el individuo cuáles son exactamente sus intenciones. Conscientemente puede interpretar mal el rumbo de sus esfuerzos; es lo que suelen hacer los neuróticos. En estos casos falta el discernimiento, total o parcialmente. Pero generalmente la "disposición o estado de conciencia" refleja con bastante exactitud

esa fusión inextricable del impulso y el plan que hallamos en la dinámica de la conducta humana adulta.⁷¹

La intención se distingue por estar dirigida hacia el futuro. En cambio es propio de los modelos que hemos seguido la preocupación por las adaptaciones del pasado. La gente lleva su existencia hacia adelante y los psicólogos se ocupan en seguir sus huellas hacia atrás. El modelo que necesitamos para nuestras investigaciones de las relaciones humanas deberá huir de nuestra actual excesiva dependencia de la genética en todas sus formas.

Los geneticistas -por ejemplo, los que dan mucha importancia al principio de la expectativa- se sienten inclinados a definir la personalidad como un conjunto peculiar de tendencias de reacción. Los intencionistas, en cambio, ven en la personalidad un conjunto peculiar de valores subjetivos. Es distinto. Los unos se informan únicamente en el mejor de los casos sobre las realizaciones morales; los otros obtienen mayores conocimientos sobre la capacidad moral.

⁷¹ McDougall objeta particularmente el concepto de la intención con el argumento de que la intención consciente no hace más que oscurecer la actividad del motivo instintivo. (W. McDougall, *Outline of psychology*, Nueva York. Scribner 1923, pág. 121 y sigs.) Se basa en el hecho indiscutible de que los informes verbales del hombre sobre sus intenciones pueden ser racionalizaciones. Pero yo uso el término sin confinar la intención a los propósitos comunicables. A veces el sujeto conoce bastante bien la dirección esencial de una intención; otras veces no. Si, como propongo, se toma el término para significar tanto la dirección conocida de un acto como la no conocida, sostengo que puede servir como designación apropiada para los "motivos finales" y no solamente para los motivos próximos o racionalizados.

En mi opinión no es necesario recurrir a una doctrina de necesidades o instintos fundamentales. Mc Dougall, por ejemplo, no toma muy en cuenta el panorama siempre cambiante de las intenciones humanas, las cuales sufren, al desenvolverse de un conjunto genético original, un cambio completo de forma y significación funcional. (G. W. Allport, *Motivation: in personality: reply to Mr. Bertocci*. *Psychol. Rev.*, 1940, 47, 533-53.)

Se dirá que los modelos que pretendo criticar se ocupan tanto en las reacciones de finalidad como en las reacciones anticipadoras de finalidad. Hull, por ejemplo, presenta la reacción anticipadora de finalidad como un mecanismo físico, al que dice que considera equivalente al concepto de las ideas orientadoras, o lo que yo llamo intención.⁷² El inconveniente de la reacción anticipadora de finalidad, lo mismo que el de la expectativa, es que los hombres suelen ofrecer valores sin pensar en ninguna finalidad determinada. Sus esfuerzos podrán tener una dirección consecuente, pero sus objetivos son transitorios o indefinibles. Se puede caracterizar con relación a las finalidades concretas cuya obtención quita la tensión de los impulsos específicos, toda la, conducta de una rata, pero sólo una pequeña parte de la humana. La conducta humana se desenvuelve en su mayor parte de acuerdo con un esquema determinado, o por canales prolongados. Sólo de vez en cuando aparecen los canales señalados por luces o boyas que representan objetivos específicos.

El estudio hecho por Lecky del hábito infantil de chuparse el pulgar puede proporcionarnos un ejemplo sencillo. La afirmación siguiente distingue claramente entre la expectativa y lo que aquí llamo intención, es decir, entre la conducta ordenada por un hábito y la conducta sin esquema determinado que la regule: Los niños que se chupan el pulgar practican abundantemente la costumbre y obtienen de ese acto una satisfacción que es suficiente para fijarlo de

⁷² C. L. Hull, Goal attraction and directing ideas conceived as habit phenomena. Psychol. Rev., 1931, 38, 487-506.

manera imborrable. Por consiguiente, si la teoría del hábito es exacta, deberíamos poder predecir con absoluta certeza que esos niños continuarán chupándose el pulgar toda la vida. ¿Pero qué es lo que realmente ocurre? Hay millones de niños que después de haber estado chupándose empeñosamente el pulgar desde el mismo día de su nacimiento, resistiendo triunfalmente todos los esfuerzos que se hicieron para obligarlos a cambiar de conducta, abandonan espontáneamente la costumbre cuando llegan a los cinco o seis años de edad. Lo cual se debe a que comienzan a considerarse grandes y advierten que la succión del pulgar no armoniza con ese nuevo concepto.⁷³

Las intenciones toman a veces la forma de una autoimagen, como en el caso de los chupadedos corregidos por Lecky. Después de habernos formado la idea de lo que queremos ser, nos vemos obligados a desempeñarnos correctamente en el papel que asumimos. Los objetivos específicos que nos señalamos son casi siempre secundarios dentro de nuestras más vastas intenciones. Un buen padre, un buen vecino, un buen ciudadano, es bueno no porque sean aceptables sus objetivos específicos, sino porque sus finalidades sucesivas están ordenadas dentro de una serie de valores de confianza y socialmente convenientes. Sabemos ahora que se había juzgado lamentablemente mal al considerar que la delincuencia juvenil y la criminalidad adulta derivaban de la formación de malos hábitos. Los reformatorios dedicaron muchos años a enseñar buenas costumbres, pero hicieron

⁷³ P. Lecky, *Self-consistency: a theory of personality*. Nueva York, The Island Press, 1945, pág. 122 y sigs.

muy pocas reformas. Sólo un cambio radical de perspectivas e intenciones puede reformar un carácter criminal, alcoholista o neurótico.

Los modelos que hemos estado siguiendo carecen de la vasta orientación que es la esencia de la moralidad. Los infantes y los roedores tienen objetivos inmediatos y producen reacciones anticipadoras de objetivo, pero no tienen plan director. En cambio el niño que ha llegado a la pubertad concibe el deseo de ser un próspero y respetado negociante, y adquiere este objetivo generalizado mucho antes de saber cuáles son los objetivos concretos que deberá perseguir.

Por eso generalmente la imagen y la intención anticipan y definen las reacciones de objetivo. La esencia de la conducta moral es de esta índole. Presupone finalidades de largo alcance, cuyas direcciones preceden a la especificación. Cuando el presidente Roosevelt anunció las cuatro libertades, hablaba de ciertas intenciones comunes de la raza humana. Su afirmación de que el objetivo (es decir, el anhelo) de todos los hombres, de todas las civilizaciones, es verse libres de privaciones y de temores, y poder hablar y practicar el culto libremente, es un aspecto importante de su histórica declaración. Adviértase que esa afirmación contradice la doctrina predominante de la moderna ciencia social. La relatividad cultural, verdadera doctrina de expectativa de estímulo, nos aplastó hasta el punto de no dejarnos ver la posibilidad de las intenciones universales. No obstante, y a menos que se encuentre justificada la osada suposición de Roosevelt, pocas esperanzas podemos concebir de que se

encuentre una base psicológica para una efectiva organización mundial.

Probablemente la afirmación de Roosevelt no sea la mejor formulación psicológica que se pueda hacer; tampoco nos atreveríamos a quitar valor a la incompatibilidad de las intenciones y rivalidades nacionalistas. Pero también las perspectivas de los psicólogos tienen que ser osadas. A nosotros nos corresponde determinar si hay 146 propósitos comunes que puedan cimentar la solidaridad internacional. Los psicólogos sociales de todos los países deberían reunirse para hacerlo, para investigar, mediante los modernos instrumentos de votación, las entrevistas médicas, los estudios de los niños y las historias clínicas, cuáles son las bases morales existentes que puedan servir para levantar el edificio de la cooperación internacional.

Es concebible, y creo que probable, que esa investigación revele que la despiadada persecución del poder personal y nacional deriva de la frustración de intenciones básicamente asociadas. En la práctica médica vemos con qué frecuencia adquieren supremacía las clamorosas manifestaciones del egotismo cuando los hombres se ven impedidos de prolongar las relaciones originalmente amistosas y simbióticas con la familia, los amigos y los vecinos. Es probable que los niños de todo el mundo quieran, en la época de su mayor ductilidad, tener seguridad, afecto y una relación asociadora y comprensiva con el mundo que los rodea. Es concebible que las mismas intenciones básicas existan en muchos adultos, aunque la frustración y la perversión de esa

relación haya engendrada una enorme cantidad de odio, inestabilidad afectiva e impulsos belicosos.

La investigación básica revelaría por qué el tabú de la ternura, de los deseos nutricios, creció tan excesivamente que generalmente se desapruueba, por lo menos en nuestra civilización, la formación de una conducta de cooperación y asociación fuera del núcleo familiar. Trataría de descubrir en qué condiciones el impulso de amar y ser amado se transforma en el impulso de odiar y provocar el odio. ¿Si los niños se caracterizan por confiar en todo el mundo, por qué se caracterizan los grupos nacionales o étnicos por desconfiar de todo el mundo? Los modelos que hemos estado siguiendo tienden a desviar nuestra atención de los problemas del afecto humano y las condiciones para su desarrollo. Cuando se descubre un vestigio de amabilidad humana -y sólo por casualidad se puede descubrir con los modelos actuales- no es difícil que lo clasifiquen como sexualidad de objetivo inhibido y después de rotulado lo olviden. Hasta ahora los psicólogos dedicaron mucha más atención a la actividad sexual de las ratas y los hombres que a la actividad cooperativa de los hombres y las naciones.

Además del estudio del amor y el odio, las posibilidades de paz requieren que se indaguen muchas otras aptitudes estrictamente humanas, entre otras el empleo del humor, la función de los credos y los procesos de la comunicación. Porque el desarrollo de la moral depende de muchos otros factores que no son los deseos arraigados y las intenciones. Pero cualquier aspecto de la conducta moral que se pueda

nombrar depende de la forma complicada del empleo de símbolos.

Signos y símbolos

Quizás el síntoma más claro de la confusión conceptual que reina actualmente en nuestro campo sea la forma tan extendida de confundir los símbolos con los signos, o -para el que prefiera la terminología de Morris- los símbolos con las señales.

Sabemos que los animales, lo mismo que los hombres, responden a las señales. Lo dice el principio de la expectativa, y en este aspecto tiene razón. La señal es algo que existe en el mundo físico; es un estímulo distinguible. Pero ningún teórico, ni el más predispuesto al conductismo, puede pretender, ni lo pretende, que los animales son capaces de manejar los símbolos de las proposiciones, esos signos espontáneos de signos, que son valiosas y molestas posesiones del hombre. Los animales, dice Thorndike, pueden pensar cosas, pero no pueden pensar sobre las cosas.⁷⁴ Y Yerkes afirma que los procesos simbólicos de los chimpancés son raros y difíciles de observar. Se puede seguir dudando honestamente de su existencia, dice, aunque tal vez las respuestas a las señales constituyan en cierto modo un antecedente de los procesos simbólicos humanos.⁷⁵

⁷⁴ E. L. Thorndike, *Animal intelligence*, Nueva York. Macmillan, 1911, pág. 119.

⁷⁵ R. M. Yerkes. *Chimpanzees: a laboratory colony*. New Haven, Yale University Press, 1943, pág. 189.

Examinando investigaciones y opiniones pertinentes, Cassirer llega a la siguiente conclusión: En toda la literatura relativa al tema no parece haber una sola prueba concluyente de que algún animal haya dado el paso decisivo de lo subjetivo, de lo afectivo a la proposición, al lenguaje.⁷⁶

Cassirer aduce, con razón, que el sistema simbólico crea para el hombre una dimensión de la realidad totalmente nueva. En lugar de entenderse directamente con las cosas mismas, o con sus señales visibles, el hombre se entiende con los sustitutos ideales de las cosas.⁷⁷ El hombre se envolvió de tal manera en las formas lingüísticas, en las imágenes artísticas, en los símbolos míticos o en los ritos religiosos, que no ve ni sabe nada sin la interposición de ese medio artificial.⁷⁸

Hasta un autor tan conductista como Morris admite que la teoría del signo y la respuesta, tal como él la expuso, pasa dificultosamente a la esfera humana: . . . Es raro que los seres no humanos produzcan los signos que influyen en su conducta; en cambio los individuos humanos lo hacen con sorprendente intensidad mediante sus símbolos lingüísticos y

⁷⁶ E. Cassirer, *An essay on man*. New Haven, Yale University Press, 1945, pág. 30.

⁷⁷ A veces se encuentra incluso en los seres humanos una profunda división entre los símbolos y los signos. Por ejemplo, de los pacientes afásicos de Goldstein algunos respondían a los signos pero no a los símbolos, como en el caso del hombre que entendía el signo vocal "bébelo" cuando le ofrecían un vaso lleno de agua, pero no interpretaba los movimientos simbólicos de beber cuando el vaso estaba vacío. (K. Goldstein, *Human nature in the light of psychopathology*. Cambridge, Harvard University Press, 1940 pág. 44).

Sin símbolos no podemos fingir, disimular ni mentir; no podemos hacer planes para el futuro ni recordar los esquemas que hacen posible el mantenimiento de la conducta moral.

⁷⁸ E. Cassirer, *op. cit.*, pág. 25.

postlingüísticos. Este detalle establece una diferencia fundamental entre hombres y animales; mientras la teoría de la conducta no formule una sintomatología adecuada para interpretar esa diferencia seguirá siendo lo que es ahora: un cuidadoso estudio de los animales y la piadosa esperanza de crear una ciencia de la persona humana .⁷⁹

Morris parece estar diciendo con fina ingenuidad que hay una enorme diferencia entre señal y símbolo, y que incluso su propio y meticuloso sistema semiológico es insuficiente para salvar el abismo. Aunque no conté los ejemplos de su libro, tengo la impresión de que la mayoría ilustra la respuesta animal a las señales y muy pocos la respuesta humana a los símbolos. De todos modos es claro que Morris, como muchos psicólogos, está enamorado del modelo filogenético.

Me voy a animar a reproducir otro brillante e ingenuo pasaje de su libro. El autor habla de que los signos pueden ser icónicos, es decir, que se pueden parecer a las propiedades que denotan. Una película cinematográfica es sumamente icónica; un vocablo onomatopéyico es menos icónico; un signo totalmente arbitrario no es nada icónico. Luego hace esta observación muy significativa: "Uno de los peligros que entraña el uso de modelos, por ejemplo en las ciencias, es el que deriva de la tentación en que se cae de adjudicar al tema de la teoría, las propiedades del modelo que ilustran la teoría que no están incluidas en la teoría misma".⁸⁰

⁷⁹ C. Morris, *Signs, language and behavior*. Nueva York, Prentice-Hall, 1946, pág. 198.

⁸⁰ ídem, pág. 23.

¿No se deduce de esta advertencia que del modelo animal, en el que predominan las señales, no se puede extraer una buena teoría de los símbolos? ¿Cómo vamos a entender el simbolismo humano refiriéndolo al tipo filogénico si, como afirma el mismo Morris, nos sentimos tentados a extender desmesuradamente las propiedades de nuestros modelos tipo para que reemplacen forzosamente la teoría independiente que nos es preciso formular?

El modelo que necesitamos

Resumiendo: Los diseños que hemos estado empleando en nuestros estudios de los motivos, de los símbolos y por consiguiente de la conducta moral, no son -para usar el terso término de Morris- suficientemente icónicos de nuestro tema. El apego a las máquinas, las ratas o los infantes nos hace atribuir un papel excesivo a los aspectos superficiales, de orientación hacia las señales, o genéticos de la conducta humana. Y nos lleva, por consiguiente, a disminuir el papel de los aspectos centrales, de orientación hacia el futuro y simbólicos.

¿Cuál es, entonces, el modelo que necesitamos? La pregunta abre perspectivas sistemáticas que exceden el propósito de este ensayo. Pero, para el caso de que mis abundantes críticas indiquen una desesperación que no siento, voy a mencionar algunos signos y presagios recientes que anuncian nuevas perspectivas, en mi opinión mejores.

Lo más destacado es el hecho de que la guerra llevó a muchos psicólogos a ocuparse directamente en la conducta

integrada de los G. I., los obreros de las fábricas y los civiles. Supimos entonces que si nos seguíamos aferrando a nuestros gastados modelos, no se podría lograr satisfactoriamente lo que interesa a la moral, la psicoterapia, la ubicación personal y la guerra psicológica. Las inadecuadas metáforas radicales fueron arrojadas al canasto de los desperdicios hasta que concluyera la guerra. Este desistimiento conceptual, con los buenos resultados que dio durante la guerra en cuanto al progreso de la ingeniería social, me indujo ahora a plantear un conflicto que muchos de nosotros, tal vez la mayoría, hemos sentido secretamente. ¿Debemos retomar los andrajosos moldes que abandonamos hace poco tiempo con tan buenas consecuencias?

Hay varios índices de mejoras en las perspectivas teóricas. Me refiero a la nueva y vital concepción del ego que entró en la psicoterapia, el descubrimiento y la aplicación de los principios psicológicos contenidos en el establecimiento de las relaciones de participación del obrero con su trabajo; el descubrimiento y aplicación de procedimientos conducentes a lograr una administración eficiente.⁸¹ Advertimos un movimiento acelerado tendiente a crear teorías que puedan ser comprobadas ahora mismo, no dentro de mil años. Teorías que no fuerzan la credulidad ni toman modelos no apropiados para estirarlos hasta más allá de su elasticidad lógica.

Comprobamos con placer que se da más importancia a las actividades estructurantes de la persona, al valor de los cuadros de motivos de iniciación central y al dinamismo

⁸¹ A. H. Leighton. *The governing of men*. Princeton University Press. 1945.

cognoscitivo, incluyendo la ideología, los esquemas de significado y a los sistemas de coordenadas. Se destaca el carácter contemporáneo de los motivos, lo mismo que las importantes funciones del amor propio y la participación del ego. Aunque todavía se confunden los símbolos con las señales, estamos comenzando a estudiar los símbolos, mediante el análisis del contenido y las entrevistas, tanto por sí mismos como en su calidad de ingredientes de todos los comportamientos complejos, incluyendo los pensamientos y la conducta moralmente pertinentes. Hemos aprendido, empleando comicios mejorados y otros medios de indagación, a determinar la orientación del objetivo social que reside en las mentes individuales. Estos conocimientos permitirán modelar una política social, nacional e internacional, con un realismo que se asegure el buen éxito.

Todos estos signos y muchos otros indican que las teorías modernas descansan cada vez más sobre un modelo que no por ser humano es menos científico. A medida que este modelo para la personalidad y la psicología social vaya armonizando mejor con nuestro tema, dejaremos de desafinar con notas ajenas, ya sean chillidos, chirridos o berridos. Leeremos los tantos de la personalidad con más exactitud, en beneficio de la audiencia mundial que se apresta a escuchar.